intervalo ALBUM

10 OBRAS COMPLETAS de



Héctor Pedro Blomberg • Cristóbal M. Paz • Armando Fernández • Stan Drake • Antonio Rosso

Pedro M. Mazzino • Francina Siquier • Pier Michele • Augusto Paladión • Pitt Marber

AÑO XVI Nº 166

álbum de obras gráficas completas

intervalo ALBUM



índice



Era un castillo la casa de los Korber, ni siquiera parecía una mansión acorde con la fortuna de Harol, el último integrante de la dinastía llamada a desaparecer. Porque la casa del lago, era algo que Harold Korber quería olvidar: un viejo dolor que se alzaba en las tierras que denominaban la parte sud-este del Lago Ness, en Foyers, Escocia.



Irene tenía la mitad de los cincuenta y cuatro años de Harold. Era hermosa y alegre. Por eso, a simple vista, resultaba extraña la pareja que formaba con su flamante esposo.



Pues me gusta. Me gusta todo lo tuyo, Harold. Sobre todo esa casa que... te espanta. ¡Crearemos nuevos recuerdos para ella!

Continúe, Mark.

Callado y obediente, Mark colocó el cambio, y el auto comenzó a subir la cuesta que concluía frente a la casa. Hacía unos años que trabajaba de jardinero en la mansión que Korber poseía y habitaba en Inverness, donde pasaba su tiempo administrando la herencia recibida de sus antepasados.

Era viudo cuando conoció a Irene, cuando el amor de Irene lo obligó a renegar de su promesa de no volver a casarse, de no reincidir en lo que le había causado tanto dolor y pena.





Era verdad. Se lo había prometido a Irene, cuando ella insistió en pasar en la casa del lago la luna de miel. Pero ahora, el dolor regresaba.

Lo siento, querida, no puedo evitarlo. ¡Odio todo esto! Aquí se destruyó mi hogar..., mi primera felicidad.



¡En esta casa murió mi esposa y en este lago se ahogó Richy! No debimos venir.



Se besaron. Y Mark los miró sonriente, cerrando el garage donde había ubicado el auto. El había estado allí unas semanas antes con los pintores y los albañiles que remozaron en lo que fue posible la vieja finca abandonada.

(Sí, Irene, sí....lo puedes todo con el viejo Korber. Todo...)











¿ Otra vez, Harold? ¡ Cierra esa ventana! Creo que deberé tender un telón entre el lago y la casa, para que cumplas tu promesa.



El viejo cierra la ventana ahora, Red. Y ese hombre que estuvo con los obreros y pintores lleva una valija a la pequeña casa del jardinero.

¡No hay duda, se instalarán aquí! Ya no podremos usar la antigua propiedad de los Korber para nuestras correrías, Jim.

Pero intentaremos desalojarlos. ¿ Probamos ahora nuestro equipo?



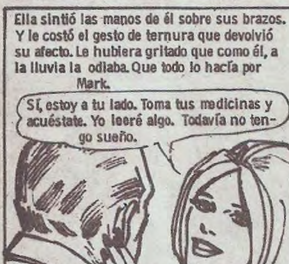



Ven, vamos ahora a controlar nuestro equipo. Nadie sospecha que nos servirá para recuperar esa casa que era nuestro bastión cuando estaba abandonada.

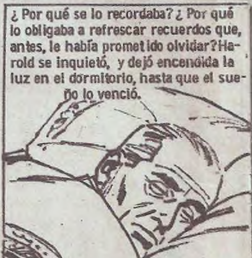

Entraron al viejo granero, un galpón grande que escondía mil cosas: herramientas en desuso , latas vacías, artículos inservibles y un aparato muy nuevo de radiotransmisión.
Todo en orden, Red. Esta noche empezará a funcionar para un noble propósito.


Esa noche llovió en Foyers. Una densa cortina de lluvia trazó el clima trágico que Harold Korber deseaba olvidar.
Me gusta la lluvia. ¿Y a ti, querido?
¡La odio! Sólo espero que Mark haya asegurado las puertas y ventanas del piso alto. Odio también los ruidos que crea el viento.


Pero estás a mi lado, Irene. ¿Qué puedo temer con tu compañía? Con tu amor...


Ella sintió las manos de él sobre sus brazos. Y le costó el gesto de ternura que devolvió su afecto. Le hubiera gritado que como él, a la lluvia la odiaba. Que todo lo hacía por Mark.
Sí, estoy a tu lado. Toma tus medicinas y acuéstate. Yo leeré algo. Todavía no tengo sueño.


No tardes, ¿quieres?
Descuida. Estaré contigo antes de que te duermas, arropándote, como lo hacías con tu hijo Richy, cuando era pequeño.


¿Por qué se lo recordaba? ¿Por qué lo obligaba a refrescar recuerdos que, antes, le había prometido olvidar? Harold se inquietó, y dejó encendida la luz en el dormitorio, hasta que el sueño lo venció.


(Ya debe dormir. Mark no tardará en cumplir lo convenido. Quedamos que aquí, en la primera noche, comenzaríamos con el plan.)


Apagó la luz del piso bajo desde lo alto de la escalera. Luego entró en el dormitorio, oyó los ronquidos de su esposo, y se acostó en el lecho.
(Será la señal. La oscuridad total anunciará a Mark que todo está en orden.)


Fue otra señal también. Una que recibieron los ocupantes del granero de la casa cuyos fondos apuntaban al ala derecha de la de Korber.
¡Listo, Red! Apagaron las luces.

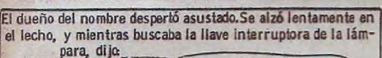


Fue una música lejana que subió de tono. Que pareció acercarse desde el fondo del tiempo. Irene la oyó primero.

(¿Qué es eso? Mark no me dijo nada sobre algo semejante.)

Cuando la música cesó, comenzó a vibrar una voz grave y profunda, que repetía un nombre:







Cuando la luz se encendió, la voz se acalló. Pero Harold siguió aterrado.

¿Oíste eso? La música, esa voz llamándome... ¿La oíste, Irene?

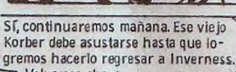
No. Debiste soñarlo. Estás inquieto, querido. Trata de tranquilizarte y duerme. No pasa nada. No puede pasar nada.





No oí nada. Recuerda a tu corazón enfermo, Harold. Trata de calmarte. Estamos solos. Y Mark, demasiado lejos en su casa del fondo. No hay ninguna voz.



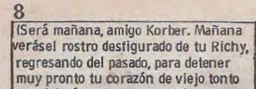




Más allá, en la casa del jardinero, Mark maldecía la lluvia.

(Deberé postergar mi primera visita. Dejaría huellas en el barro del sendero que une esta casa con la grande.)







¿ Pero es verdad que no oíste nada, Irene?

Absolutamente nada. Es tu antigua angustia, Harold. Olvídala y vuelve a dormir. Dejaremos la luz encendida.

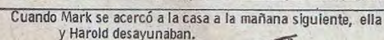
Le costó, pero una hora después, los ronquidos de Harold volvieron a sonar rítmicos en el cuarto silencioso.

(No lo entiendo. Mark dijo que subiría las escaleras; que aparecería de pronto en esta habitación.)











Se lo preguntó, no obstante. Y Mark dijo la verdad cuando respondió.

¿Una voz? No, no la oí. Mi casa está alejada de todos modos. Pero no oí ni vi nada extraño. Y estuve leyendo hasta muy tarde.

















Irene se estremeció esta vez en el dormitorio. Esperó la luz que encendería el terror de su esposo. Pero las sombras continuaron, porque Harold se quedó inmóvil en el lecho.

(Es la voz de un muchacho como Richy. Pero Richy está muerto, y su voz callada para siempre.)









Harold encendió la luz, inquieto por el nuevo ruido. Y la voz cesó. Irene sabía que Mark estaba investigándola.

Sí, Harold, sí. Oí ese ruido abajo. Algo se rompió al caer. Pero no oigo la voz.

Yo tampoco ahora. Te parecerá tonto, pero tengo miedo. Baja a ver, ¿quieres?

Vio el jarrón hecho pedazos y la ventana abierta. Cuando volvió al dormitorio, dijo algo para tranquilizar a Harold.

El viento pudo volcar el jarrón, al colarse por la ventana abierta. Pero ningún viento crea voces. Duérmete ahora.







Se durmió casi al amanecer e Irene también. Cuando ella despertó, no lo vio en la cama. Vistió su bata y bajó.

¡Harold! ¿Qué has hecho?

Acabo de llamar al doctor. Aún sigo mal, pero las luces del día alejaron mi otro miedo.








El diagnóstico de Foster fue concluyente:un síndrome cardíaco provocado por la angustia.
Está al borde del síncope. Le di un calmante ahora. Debo quedarme aquí. Lo siento.
Es trágico, doctor. Estábamos de luna de miel. Decidimos pasarla en la casa del lago, y...
Y ahora él no puede moverse del lecho. Está peor que la primera vez que lo atendí, cuando murió su hijo. No debió regresar nunca.
Esa noche, luego de la cena, Foster se sintió repentinamente somnoliento.
Voy a acostarme . Llámeme si le vuelve la crisis a su esposo.
Descuide, doctor, lo haré. Velaré junto a Harold hasta la mañana.
Mark no tardó en llegar. La encontró abajo.
Vete junto a Harold. Yo esperaré la voz para ubicar de dónde sale. ¡No enciendas la luz!
De acuerdo. Foster no se despertará hasta mañana. Pero, por favor, descubre el misterio de esa voz. Empieza a inquietarme.
¡Ahora, Jim! Deben estar acostados. No hay luces.
¡Vuelven los fantasmas a la casa de los Korber! Papá dijo que hoy vio al doctor Foster. El viejo no tardará en irse.
La música fue como una señal que guió a Mark en las sombras.
(Parece brotar del piso. Hay un sótano; lo vi cuando estuve dirigiendo los arreglos. Bajaré.)
Harold tornaba a la angustia. No creía en fantasmas. Sólo conjeturaba con esa voz.
(Sí, es verdad. Tal vez el recuerdo que no debí remover. Quizá sea mi conciencia quien trae a esa voz... ¡Yo me despreocupé de Richy cuando su madre murió!)
...HAROLD KORBER ¿ME OYES?
(Y Richy salió a vagar por el lago, solo. ¡Mi inconciencia mató al único hijo que tuve! Esa voz es el remordimiento. Debo irme de aquí.)
¡Enciende la luz, Irene! ¿Oyes ahora? Ha vuelto la voz. Y no hay viento esta noche.
Cálmate. El doctor dijo que trataras de dormir. No oigo nada, Harold. Estoy a tu lado; nada puede pasarte.
Desde el granero de la casa vecina, Red alertó a su hermano Jim sobre una luz que se movía en la casa de Korber.
Parece que alguien anda con una linterna en el... sótano. ¡Deja de transmitir!
Sí, ¿crees que pueden haber descubierto todo?



La voz se acalló en la casa del lago. Pero Mark, de todos modos, ubicó el parlante fijado al tirante de madera.
(El cable sale por el cobertizo de atrás. Siguiéndolo, me conducirá al que tramó esto.)



Lo condujo al granero. Al llegar a él, Jim y Red lo abandonaban.
Vamos a casa. Mañana sabremos si descubrieron algo en lo de Korber. Si no es así, por la noche proseguiremos nuestro plan.



(Conozco a esos muchachos. Los vi rondando entre los obreros y pintores que mejoraban la casa. Les preocupaba saber si el viejo vendría a ocuparla otra vez. Era el reducto de sus juegos.)



No le costó imaginar el resto; concluir que todo era una pesada broma que pretendía asustar a Korber y alejarlo de allí. Pero no se molestó por el éxito de su investigación. Era una variante insospechada que podría ayudar a su propio plan.
(El viejo se agravará día a día... y Foster dormirá todas las noches narcotizado.)



(Cuando analice las causas del síncope de su paciente, Irene dirá que también oía esas voces. Lo guiará hasta el sótano y hallará el parlante. ¡Culparán a esos chicos de asesinato indirecto!)



Foster dejó su cama muy tarde, visitó a Harold y recibió una nueva versión de su angustia.
Era una voz. Decía ser mi hijo Richy. También hubo un ruido antes de anoche. ¿Son pesadillas, doctor?
En su estado, es posible. Olvídelas.



¡Y abra las ventanas, Korber! ¡Hace un hermoso día de sol!



Desde lo alto los vio el doctor Foster: eran Irene y Mark, arriesgándose demasiado y hablando animadamente.
(Creía que la joven señora Korber estaba más preocupada por la salud de su esposo. Me gustaría saber qué le dice al jardinero...)



¿Te das cuenta, Irene? Eso nos ayudará después. Alejará toda duda si alguien tuviera una leve sospecha. Esta noche usaré la máscara.



¡Oh, Mark! Piensas en todos los detalles, pero quiero que eso termine pronto. ¡Para estar contigo lejos, juntos para siempre, disfrutando el dinero de Harold!


Vuelve a la casa ahora. El viejo puede necesitarte y ese doctor haber despertado ya.
Todo está en orden, querido. Fíjate en la ventana del dormitorio. Sigue cerrada.


Esos muchachos vecinos nunca sabrán cómo nos ayudaron con su radiotransmisor. Hasta la noche, Mark.
Sí, hasta la noche. Trata de mantener la calma cuando veas el rostro del fantasma que visitará al viejo.


Red y Jim también mantenían la calma, ayudando a su madre en los quehaceres de la mañana.
¿Qué les pasa hoy a ustedes? ¿Por qué no están vagando por el lago como todos los días en sus vacaciones?
Queremos estar contigo hoy. ¿Te molestamos?


¿Molestarme? ¡Me asombran! Pero... alguien se acerca a la casa. Sí, es el doctor Foster.
¿El doctor... Foster? Viene de la casa de Korber. Nos vamos al lago, ¿verdad, Jim?


Intentaban salir, cuando el médico los vio y los detuvo con su voz.
No, muchachos, no se vayan. Es con ustedes con quienes quiero hablar.

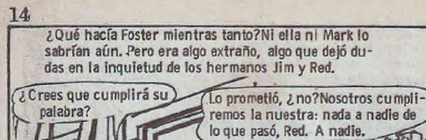

Foster regresó casi al mediodía a la casa del lago. Irene lo esperaba en la entrada del comedor.
El almuerzo está listo. Casi me asustó su ausencia, doctor.
Mi enfermo dormía. Sólo quise aprovechar el día de sol para pasear por el lago. No puedo hacerlo todos los días, señora.


Comieron en silencio, hasta que el médico dijo, luego de beber el café que siguió al postre.
Me gusta más su café de la noche.
¿Sí? Pues en la cena le daré doble porción.

Se sentía demasiado segura Irene para sospechar de ese hombre de aspecto bondadoso, que parecía un viejo doctor de pueblo, amante de la buena mesa y de los paseos al sol. Por eso tampoco se extrañó cuando le pidió:
Necesito unas medicinas para su esposo. ¿Podría ordenar a su jardinero que vaya a buscarlas a mi casa?


Mark salió en la media tarde y ella, Irene, hubo de quedarse junto a Harold, en su cuarto, vigilando el sueño demorado por el sedante que Foster le aplicó al enfermo.
(Me dijo que si despertara, le diera otra dosis de esas gotas tranquilizantes.)


(Debo obedecer su indicación; el doctor Foster tiene que grabarse una buena impresión de mí: la esposa solícita y cariñosa del viejo Korber.)



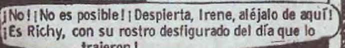












(Es mi remordimiento. Estoy imaginando esa voz, y esos ruidos que parecen pasos en la escalera.)

...¿POR QUÉ ESTÁS AÚN AHÍ?













La máscara cayó del rostro del jardinero y apagó su linterna. Después giró, intentando escapar de allí.

¡Quieto, amigo mío! Los fantasmas no temen a las armas de fuego. No huyen...

¡Doctor Foster!









Mientras su jardinero estaba fuera de la casa, yo coloqué el equipo de radio en mi cuarto.

¡Eran un par de canallas! Pero no contaron con su habilidad de médico forense, doctor.







MOMENTO HUMORÍSTICO







EN MIS OJOS, EL MAR...

Por FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE ÁVILA

Esta historia empezó el día de mi casamiento, precisamente cuando las dudas e indecisiones debían desaparecer, cuando terminaba una etapa de mi vida para dar comienzo a otra. Algo sucedió en mi interior en ese día, que me hizo ver las cosas diferentes y al desdibujarse los contornos, las sombras me cercaron.



No me reconocí vestida de novia y me busqué en cada rincón de la vieja casa en la cual me educara mi tía. Murmullos de voces llegaban hasta mí, murmullos de pasos alejándose antes de acercarse.



Hablaban de mí, pero no podía contestar a sus preguntas. Todavía no.

¿Será feliz Virginia?



No hubo réplica de parte de Carmen, mi mejor amiga, que me miraba con una injustificada tristeza. Salí de mi dormitorio para enfrentar a todos los familiares y conocidos que me abrían paso y me saludaban en silencio. ¡Qué abrumada y sola me sentía!



Unicamente Jaime me habló y hubiera sido preferible que callara.

Raimundo no quiso venir. Y tú sabes el motivo.

Toda la poesía de las noches de primavera, unos tímidos besos, mi adolescencia toda estaba en ese nombre, el de mi primer novio.




Los brazos de mi marido me estrecharon.
Faltan sólo dos horas para que tomemos el tren, Virginia. Creo que tendrías que cambiarte de ropa.


En su voz estaba el triunfo. Pese a todo, Pedro Luis había logrado hacerme su esposa. Y una vez más supe que lo quería, al mirarme en sus ojos grises, impenetrables para los demás.


Algo rosa, algo celeste. Algo nuevo, algo viejo... Repetí recuerdos. Y cuando ya iba a quitarme mi vestido de novia, entró mi tía Eulalia.
Este es un adiós definitivo, Virginia.


No digas eso, tía.
Desde hoy no estaremos en tu mundo. El te lleva al suyo.


Me había ido acostumbrando a los tristes vaticinios de mi tía, a su resistencia a que me casara con Pedro Luis, tratando de justificarla al pensar que yo era para ella su pasado, presente y futuro y no se resignaba a que me alejara de su lado, pero esa despedida colmaba mi resistencia.


Tratará de cambiarte, de hacerte a su medida y de que nos olvides.
El me quiere tal y como soy. Y no es como tú lo imaginas.


Tampoco tú puedes saber cómo es un desconocido.


Mis ojos se llenaron de lágrimas y la palabra "desconocido" pesó en mi corazón como una loza. La dulce y comprensiva Carmen intervino:
No hay un tiempo determinado para sentir amor y cuando se quiere a alguien, nos hace el efecto de conocerlo de siempre.


Dos meses era en verdad muy poco tiempo pero había bastado para nosotros. Quise huir de esa habitación y de mi tía lo antes posible, pero los tules se enredaban en mis cabellos, se enroscaban en mi cuerpo y me retenían allí.


Poseían una fuerza extraña, me inmovilizaban casi y más tarde, ya en el tren, sentía en mi cuello aún la angustia de ese tul que oprimía mi cuello hasta casi ahogarme, como obligándome a no partir. Y casi con desesperación miré el camino que quedaba atrás y aquel otro que estaba ante mí.







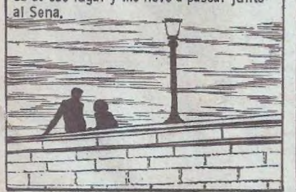
("Que quizá odia el trato con la gente. Si es así, te sentirás muy sola a su lado, Virginia.")





¿Era eso cierto? ¿El respeto que me inspiraba era en el fondo temor? No pude contestarme esa pregunta porque de pronto me inquietó ver la palidez de su rostro, el centelleo de sus ojos acerados.





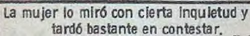
















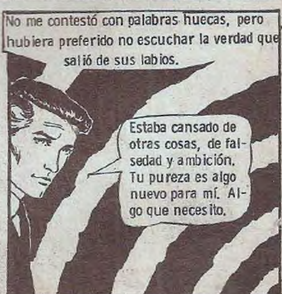
¿No vive con nosotros?
María atiende a su marido. Y además, me agrada la intimidad de una casa sola.



Suntuoso y austero. Un sentimiento tierno y cálido nació en mí.
Aquí escribiste tus novelas. Todo esto debe estar poblado por esos seres que imaginaste y a los cuales diste vida.











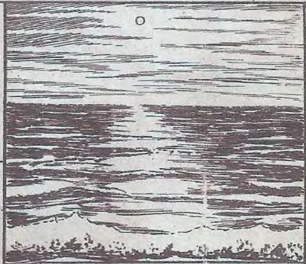








Me molestó su actitud. Estuve a punto de protestar, ya que parecía querer ejercer un control sobre mi correspondencia, pero prefería el silencio. Y esa noche me alegré de que se quedara escribiendo hasta el amanecer. Comenzaba a percibir un mensaje en el murmullo del mar.







Era una mañana de sol luminoso y no obstante el cielo estaba gris. Amarillo y gris. Dos colores que siempre me había gustado combinar, tal vez porque representaban para mí la alegría de la tristeza, dos sentimientos nunca totalmente separados en mi existencia.

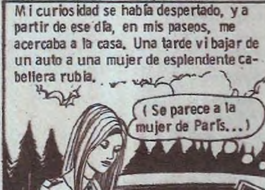
Egidio Esteban/2019


Luz y sombra en ese amarillo y gris que me rodeaba. Olvidé mis compras que no eran urgentes y comencé a caminar por el acantilado y fue así que descubrí la casa de la colina, casi suspendida sobre el mar. Luego, en el pueblo, hice una pregunta:
¿Vive alguien en esa casa de la colina?


Sí, una mujer que debe ser americana.
¿Está sola en esa casa tan grande?


No siempre. Vienen grupos de gente extraña, hombres con barba y chaquetas de gamuza. Mujeres muy raras.


Deben ser artistas de cine. Ella es joven y bonita pero tiene una mirada dura y no me parece buena.


Mi curiosidad se había despertado, y a partir de ese día, en mis paseos, me acercaba a la casa. Una tarde vi bajar de un auto a una mujer de esplendente cabellera rubia.
(Se parece a la mujer de París...)


Su imagen había quedado retenida en mi mente porque estaba segura de que al verla, Pedro Luis había cambiado. Dudas nuevas se mezclaron a viejas dudas que callara, quizá por temor a saber.


Mi descubrimiento coincidió con la llegada de una carta que Pedro luis leyó.
Debes haberte cansado ya de mí, de lo contrario no le habrías escrito esa carta a la que hace referencia.


¡De manera que había revisado mi correspondencia! Como no me consideraba culpable, le di explicaciones.
No pensé que te molestara que le contara cosas íntimas, mi vida aquí, mis estados de ánimo, mis sueños...


Esa novela que debes terminar con urgencia te obliga a trabajar muchas horas y me sentía un poco sola.


Supongo que trataste de buscar compensaciones.
¿Tanto te molesta que alguien venga a visitarnos por una semana?


De pronto me sorprendió su ternura.
¡Pobre pequeña! He sido demasiado exigente. Por supuesto que no tiene nada de malo que venga Carmen.















...deseando compartir un secreto, compartir un temor. De nuevo vi el auto y descender de él a la mujer aquella y también pude ver a un hombre.

¿No es ése...?



No simpatizo con ella y eludo siempre visitarla aunque eso me ocasiona alguna discusión con Pedro Luis.

Comprendo. Bajemos por aquí entonces.









Mi amiga se disponía a partir. Se llevaba algunas cartas vacías de todo contenido emocional y la imagen de una nueva Virginia, capaz de mentir, capaz de ocultar su miedo. Carmen tuvo un solo instante de vacilación.

¿Estás segura de no necesitar nada?







Ese mar que me llamaba con insistencia, ofreciéndome paz.

¡No, Dios mío! No me permitas eso. ¡No dejes que enloquezca!















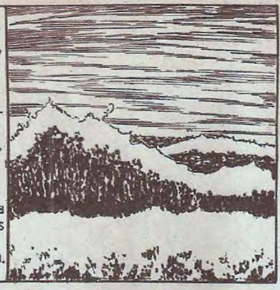
¿Por qué no podía yo reaccionar como otra mujer lo hubiera hecho, increpándole, exigiendo, imponiendo condiciones o adoptando una decisión? Sólo supe huir hacia mi refugio en la playa de nuevo, para encontrar allí los fantasmas de mi pasado.







Cuando quería mirar de cerca esos rostros, mis ojos se llenaban de mar. El agua azul me envolvía; olas gigantescas me aprisionaban, llevándome cada vez más adentro, allí donde haces de luz se quebraban en mil colores, hacia una profundidad en la la cual las algas y los corales me retenían con fuerza gigantesca.






















Había perdido mi voz. Había perdido de nuevo la noción del tiempo. ¿Seguía durmiendo o estaba despierta? Y si estaba en realidad despierta, ¿cómo era posible que allí, en el salón de mi casa, estuviera la mujer rubia de París, aquella de la casa de la colina de mi sueño?


Pedro Luis se dio vuelta para ver hacia donde miraba yo, y entonces...
Nunca te había hablado de mi prima Nuria. Discúlpame por ello. Termina de llegar de un largo viaje.


Quería conocerte y me he permitido traerla sin avisarte.


En efecto. Pedro Luis nunca me había hablado de ella. Yo jamás la había visto, entonces, ¿cómo pude verla en mis sueños tal cual era en la realidad?


Aún hoy me pregunto si ese sueño mío fue producto de mi imaginación exuberante o tuvo algo de premonición. Nunca lo sabré, porque no quise arriesgarme tampoco a comprobar si las cosas sucederían tal y como las había yo soñado. Y esa misma tarde decidí mi futuro.


Me ha dicho Pedro Luis que cuando os caséis, vais a vivir todo el año en El Castillo.
Nuria trató gentilmente de congraciarse conmigo. Sus labios sonreían al pronunciar amables palabras, pero sus ojos tenían "una mirada dura" especial.


Pedro Luis contestó por mí.
A los dos nos gusta mucho el mar y la soledad.


Por supuesto, estaba tan aturdida, tan impresionada, que me pareció descubrir entre los dos primos una mirada de inteligencia. Carmen, ante un silencio mío que ya era demasiado evidente, trató de bromear.
Pero no se salvarán de que yo vaya a visitarlos.


También en broma, contestó él:
Te advierto que defenderemos nuestra intimidad. Así que no esperes una invitación.


No pude más. Me ahogaba.
Excúsenme, por favor. No me siento muy bien.


Subí corriendo la escalera para encerrarme en mi dormitorio, pero Pedro Luis me alcanzó en el pasillo.
¿Qué te sucede?


¡Suéltame, te lo ruego!
Estás extraña. Me miras como si no me vieras.


Tuve que darle una explicación racional de lo que me sucedía. Y al hablar, me sentí liberada de un gran peso.
Me he dado cuenta de que nunca te he querido. Lo siento, Pedro Luis. Sólo me sentí deslumbrada por tu personalidad...


... por tu aureola de escritor.
¡Cómo puedes decir eso!


Puedo decirlo porque he vuelto a ser la muchacha sencilla que tú conociste, capaz de decir siempre la verdad.


Y esta verdad mía, dicha a tiempo, es mejor para los dos.


Pedro Luis se fue de mi vida tan rápidamente como entrara en ella. Ahora todo sigue igual que antes y eso se lo debo a un sueño.


Sólo me resta esperar que un día, en el momento preciso, Raimundo o yo demos el paso necesario para acercarnos de nuevo. Sé que la espera no será larga, porque lo quiero y me quiere, y eso lo saben también tía Eulalia y mi amiga Carmen...


... que me acompañan con su silencio sin preguntas, con su comprensión de siempre.
FIN

GOTITAS DE ALEGRÍA



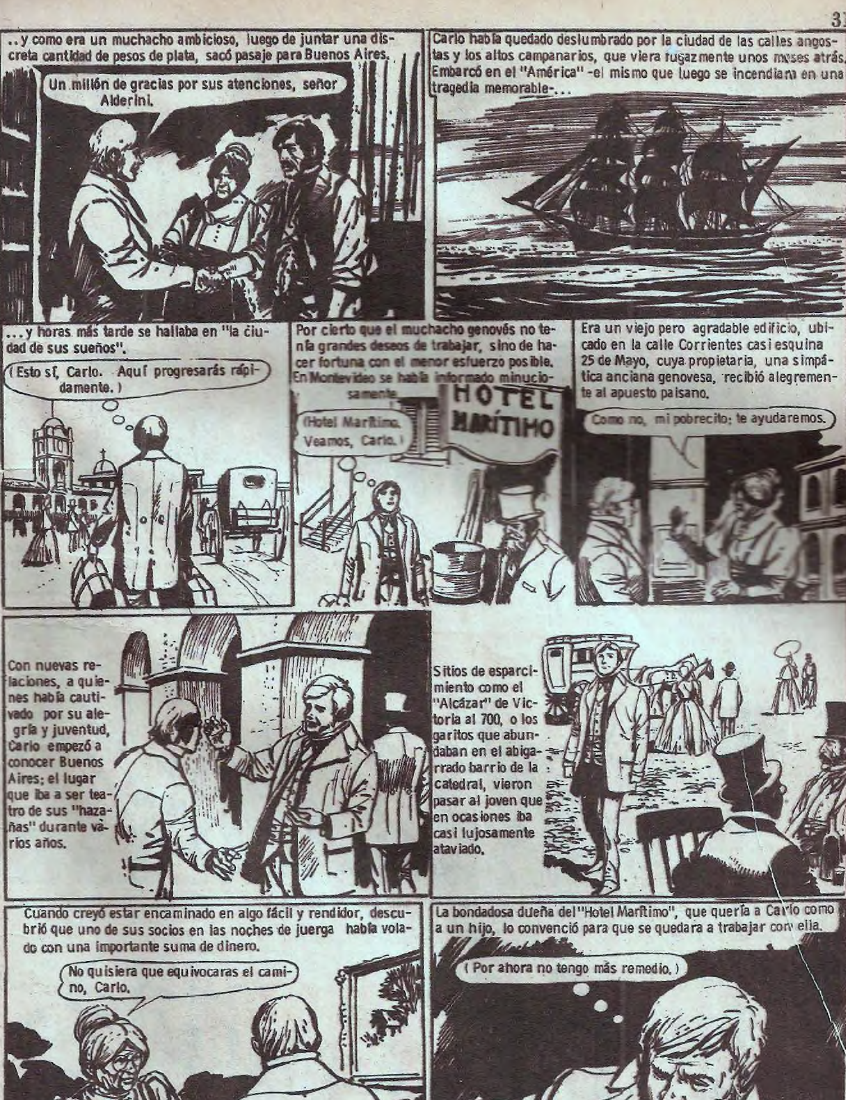
-¡Oh, me había olvidado! ¡También traigo un esposo de Europa!



-Él me prometió el Sol, la Luna y las estrellas, pero fue muy evasivo cuando le pedí que lavara los platos.

el banquero de la calle Tacuarí




..y como era un muchacho ambicioso, luego de juntar una discreta cantidad de pesos de plata, sacó pasaje para Buenos Aires.
Un millón de gracias por sus atenciones, señor Alderini.
Carlo había quedado deslumbrado por la ciudad de las calles angostas y los altos campanarios, que viera fugazmente unos meses atrás. Embarcó en el "América" -el mismo que luego se incendiara en una tragedia memorable-...
...y horas más tarde se hallaba en "la ciudad de sus sueños".
(Esto sí, Carlo. Aquí progresarás rápidamente.)
Por cierto que el muchacho genovés no tenía grandes deseos de trabajar, sino de hacer fortuna con el menor esfuerzo posible. En Montevideo se había informado minuciosamente
(Hotel Marítimo. Veamos, Carlo.)
HOTEL MARÍTIMO
Era un viejo pero agradable edificio, ubicado en la calle Corrientes casi esquina 25 de Mayo, cuya propietaria, una simpática anciana genovesa, recibió alegremente al apuesto paisano.
Como no, mi pobrecito; te ayudaremos.
Con nuevas relaciones, a quienes había cautivado por su alegría y juventud, Carlo empezó a conocer Buenos Aires; el lugar que iba a ser teatro de sus "hazañas" durante varios años.
Sitios de esparcimiento como el "Alcázar" de Victoria al 700, o los garitos que abundaban en el abigarrado barrio de la catedral, vieron pasar al joven que en ocasiones iba casi lujosamente ataviado.
Cuando creyó estar encaminado en algo fácil y rendidor, descubrió que uno de sus socios en las noches de juerga había volado con una importante suma de dinero.
No quisiera que equivocaras el camino, Carlo.
La bondadosa dueña del "Hotel Marítimo", que quería a Carlo como a un hijo, lo convenció para que se quedara a trabajar con ella.
(Por ahora no tengo más remedio.)

Era un excelente empleado, y los libros comerciales del hotel nunca estuvieron mejor llevados.





¡Lejos estaba Carlo Lanza de conformarse con tan poca cosa! Esperaba su oportunidad ansiosamente, pero los meses pasaron y tuvo que seguir con la contabilidad del hotel.

En el "Nacional" leyó una mañana: "Dependiente, joven de buena presencia, necesitamos. Tienda Costa".



Había dos hombres más ante las importantes vidrieras de la afamada tienda de Perú y Moreno.



Uno de los señores Costa decidió que el empleado sería ese agradable paisano llamado Carlo Lanza. Este, con astucia, hizo creer al dueño de la tienda que era hijo de un aristócrata arruinado, allá en Ligure...



...y desde esa misma mañana ocupó el puesto vacante.



Buen mozo, impecable en su vestimenta, simpático, se fue relacionando. Algunas clientas lo distinguían con su preferencia.



Sin embargo, aquellos menesteres no satisfacían al ambicioso Carlo Lanza.

(Si no te casas con una mujer de dinero...)


En esa mañana de primavera atendió a un joven que iba en busca de un par de guantes.
Me gustan. Envíelos a esta dirección.
La tarjeta decía: -Caprile y Picasso. Cambios. Giros. Cangallo 536.
¿A nombre de quién, caballero?
Alberto Caprile. Soy yo.
Varias veces más fue el hijo de uno de los dueños de la casa de cambios. Carlo hizo una excelente amistad con él.
Yo también creo que usted no tiene que seguir perdiendo el tiempo detrás de este mostrador.
Fue entonces cuando Carlo tuvo la revelación de su destino. Por aquellos años de copiosas corrientes inmigratorias, eran varias las agencias de cambio que funcionaban en la ciudad, produciendo grandes utilidades a sus propietarios; sobre todo en el negocio de giros, desdeñados por los bancos.
Dos meses más tarde, al producirse una vacante, Carlo ingresó en lo de Caprile y Picasso. Tuvo suerte desde el primer día, pues ese veinticuatro de enero conoció a Luisa Maggi.
Es nuevo en la casa, ¿ verdad?
El padre de la bonita muchacha era un importante embalsamador de aves, con negocio en la calle Corrientes al 715.
¡Tantas veces me detuve ante estas vidrieras, señorita!
Las gentiles maneras del hombre atrajeron a Luisa.
Venga por el negocio, cuando pueda. Papá le enseñará lo que usted llama "misterioso oficio".
Las guitarras que producían música para los noches porteñas, acunaron el romance de Luisa y Carlo.
Aquí encontrarás el hogar que perdiste en tu país.
Carlo Lanza no quería que ella se hiciera muchas ilusiones. Tampoco deseaba perderla.
El dinero lo ganaré yo. No quiero nada de lo de tu padre.
Muy extrañas ideas comerciales tenía ese hombre joven y desesperado por nadar en la abundancia. Las mantuvo en secreto por espacio de varios años, mientras trabajó en lo de Caprile y Picasso. Ni siquiera las confió a Luisa Maggi.
(A veces me resulta muy rara la conducta de Carlo.)

Con sus ahorros, Carlo alquiló una casa de la calle Tacuarí, casi esquina Victoria. Un frente de estilo español, con dos imponentes balcones de hierro forjado. Demasiado para él, pero...



Los patrones en la casa de cambios estimaban al correcto y diligente Carlo Lanza.



Eran casi todos compatriotas humildes y trabajadores que depositaban sus ahorros o remitían sus giros por intermedio de esa firma. En la mayoría de los casos, pedían ser orientados por el empleado Lanza, el que los atendía con desusada cortesía.



Al cabo de los años, Carlo cayó enfermo y tuvo que guardar cama. Con extraña desesperación intentó reanudar sus tareas.



Caprile y Picasso tuvieron que tomar otro empleado, mientras durara la ausencia del eficaz Lanza. No era buen mozo, ni de fácil sonrisa, pero Hilario Pérez sabía hacer su trabajo. Y, de paso, descubrió lo que otros no habían sabido ver.





Porcentajes ilegales sobre los giros -algunos no llegaron a Italia-, anotaciones falsas en los libros, y otras retenciones de dinero, denunciaron el turbio accionar de Carlo Lanza. El señor Caprile y su hijo se presentaron en la coqueta vivienda de la calle Tacuarí...

...y luego de larga conversación con el enfermo -quien exageró su verdadera afección hepática-, los bondadosos señores Caprile lograron que el "simpático malhechor" prometiera devolver lo que no le pertenecía en el término de un año.



Nadie creía en la posibilidad de que ese hombre "marcado" lograra prosperar con su casa de cambios y giros instalada en la calle Tacuarí. Pero como los Caprile prometieron a su vez que no trascendería la mala conducta del empleado, Carlo Lanza tuvo otra magnífica oportunidad. Y la aprovechó...

...atrayendo hacia la agradable casa de la calle Tacuarí a muchos clientes de Caprile y Picasso. Un golpe de efecto fue sin dudas las dos bonitas empleadas que el astuto Carlo tomó para que atendieran el mostrador.



En pocas semanas, el "banquero" atraía las enfurecidas miradas de sus contendientes comerciales.





Durante sus últimos meses de empleado, Lanza había dicho secretamente a su clientela: -Si llego a establecerme, cobraré intereses y comisiones reducidas. No como estos señores.

Aquellos infelices creían ciegamente en Carlo Lanza, a pesar de algunas aisladas advertencias. Les gustaba ir, conversar con el atractivo mozo, y con las sonrientes empleadas. Después dejaban el dinero, ganado con trabajo y esfuerzos.



Por esos días de euforia comercial, Carlo había dejado de ver a Luisa Maggi, y la joven enamorada se lo explicó a su padre. El anciano tenía un buen cliente en el comisario Fernández Ivar.

Antes me parecía un excelente individuo, pero...



Hacía tres años que Avellaneda ocupaba la presidencia, y faltaban otros tantos para la sangrienta revolución de Tejedor, cuando en lo que aún era la Gran Aldea, gritos de ira y desesperación escaparon de labios de millares de italianos. Esa mañana, al ir las empleadas del "banquero" Carlo Lanza...

...a cumplir con sus tareas cotidianas, hallaron las puertas cerradas. Temiendo por la vida del solitario, fue solicitada la ayuda policial. Se revisó la casa hasta el último rincón.

¡Razón tenía el señor Maggi! ¡Era un ave de rapiña!

En aquellas épocas legendarias, en que la máquina policial resultaba de muy lento andar, el vuelo de aquel sonriente como siniestro milano no pudo ser evitado. Los denonados esfuerzos de todos los que quisieron impedir la fuga del estafador, fracasaron, y nadie pudo saber jamás...



...por dónde y cómo huyó Carlo Lanza. Nunca se lo volvió a ver ni en Buenos Aires ni en toda América. El clamor de los despojados fue apagándose con el tiempo. También los estribillos populares que mencionaban "la ganancia de Carlo Lanza".



Y así pasaron los años, pero no del todo el oscuro recuerdo del repudiado estafador. Hasta 1917 - nada menos que cuarenta años después -cuando el rugido de la guerra europea, que acallaba todas las voces, permitió apenas que la de un desesperado anciano llegara hasta el monasterio de Triuschi...



...en Italia. -Cuando joven cometí un crimen espantoso, padre- expresó el moribundo.



Un joven servidor del acaudalado Remo Ucarelle -así se había hecho llamar Carlo Lanza desde su regreso a Europa- escuchó las palabras finales del anciano arrepentido...



...y las difundió rápidamente por todo el pueblo.



Como dijimos antes, el horrible estruendo del conflicto bélico no permitió que la noticia llegara a América. Y así se apagó a vida del malhechor ue consiguió huir in una abultaba bolpero que jamás - gún sus últimas bras- sintió la di de esa fortuna habida.





El Gran Juez había vivido en su corazón hasta el final, atormentándolo, haciéndole pagar muy cara su vieja deuda con aquellos hombres humildes y confiados; sus víctimas en la fabulosa estafa ocurrida en el Buenos Aires del siglo pasado.

FIN

RINCÓN ALEGRE



-Debes llamar enseguida para que vengan a arreglar el televisor o nos quedaremos sin sirvienta.



-Juan me dijo que llamaría a las 8, pero no crean que me va a tomar por tonta. No lo esperaré más que hasta las once.



-Nada especial. Me daría por bien conforme si luego aparentara veinte años menos.

PREGUNTE POR AGATHA

Intervalo Álbum 166 - 11/1967

Por PIER MICHELE

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA
























Ahora quiero saber qué pasó en la ausencia; quiero revivir el tiempo que no la conocí a mi hermana. . . , para evocarlo como si lo hubiese compartido. ¿Entiende?


Entendí. Estaba en presencia de una súplica que no podía contestar, pero sí consolar juntando un lapso de vida que ella, Monique, usaría para llenar su multitud de horas vacías.
Agatha volvió a mí cuando ya era tarde para prolongar el reencuentro, para resarcirnos de la ausencia: murió una semana después que la traje aquí.


No pudo contarme nada de lo que pasó desde que nos separaron. Confío en usted, señor Debrisse. Tengo la dirección de la casa donde tía Amy llevó a Agatha la primera vez. Vaya, pregunte por ella.


Dejé la casa y a Monique Voggan bajo la lluvia y la soledad, sumidas en el mismo silencio que las acompañó siempre, que ubicó su tiempo en semanas sin aventuras y sin apremios.
Entendía algo más, el otro por qué de la búsqueda que me encomendaba: necesitaba vivir lo que su hermana había vivido para sentirse menos vacía, menos sola. ¿No eran gemelas?


Estaba lejos, lejos aún de saber que dos seres, aunque no sean gemelos, aunque, como Agatha y yo, hayan nacido desconocidos, pueden hermanarse en un pasado común, en un mismo itinerario de geografía distinta pero con idénticas circunstancias de desencuentros.
Próxima parada Granville.


Granville. Más allá de la estación ferroviaria hay un caserío costero, un villorrio de pescadores que huele a sal y a fatiga del mar entre redes oscuras y muelles de vejez y soles.
¿La hostería "Normanda"? Es aquella, al fondo de la calle. Si va a alojarse allí. . . , no se lo aconsejo. Hay un nuevo hotel.


No iba a alojarme; no debía preocuparme por ese pescador que sospechó el tamaño de mi billetera por el corte de mi traje sport. Iba a buscar el principio del hilo que formaría la madeja del pasado de una mujer.
(Quizá conoció mejores tiempos alguna vez.)


¿Amy Voggan? Sí, fue la dueña de esto, hace años. Cuando esto era realmente una hostería.
¿Recuerda a su sobrina Agatha? La trajo aquí cuando quedó huérfana.


¿Es usted pariente de ella? Todo el mundo se olvidó de los Voggan en el pueblo.
¿Todos, papá? Yo no. Yo no me olvidaría nunca de Agatha Voggan.


El viejo nos dejó solos. Fue a atender a algunos parroquianos que bebían en las mesas.
Me llamo Caryl. Y si quiere saber algo de Agatha, tendré gusto en hablarle de ella. Aquí no puedo hacerlo con nadie, ahora. . . Venga, sentémonos. Le serviré un trago.


La copa de ginebra de Caryl se mantuvo intacta todo el tiempo. Sus ojos, como los de Monique en París, se entrecerraron para viajar al ayer.
Era bonita, muy bonita. Tanto como no había visto otra antes. Su tía la puso a trabajar con ella en la hostería.


¿No le dejan un solo día de descanso, Agatha?
Vete de aquí, Caryl. Tía Amy se molestaría al verte conmigo.











"Un día, tiempo después, alguien nos vio juntos en la playa. Descubrió el secreto de nuestros encuentros ante los otros que bebían en el bar de la hostería."

Era Caryl, sí, el hijo de Fourget. ¿Con Agatha?

Fourget siempre quiso el negocio de Amy Voggan. Su hijo puede hacer el puente.





























No, no bastaba. Porque después, apenas unas semanas después de descubrir que nos amábamos, Solange me dijo...

Es un simple favor, querido: mi padre necesita esos documentos. Si tú los sacas del escritorio, del tuyo...

¡No lo haría nunca! Jamás engañaría a mi padre por nada.



Sí, sólo por eso. Fue cruda y cruel cuando me lo dijo, al saber que entre su amor y mi padre prefería ser digno y resignarme a perderla. Y la perdí, junto a mi primera ilusión. Ahora que estaba recomponiendo el pasado de Agatha Voggan, el mío renacía en pantallazos. Y ya teníamos un mismo desencuentro en común. Pero Solange nunca me había amado, y Caryl sí había amado a Agatha, que se resistió a creerlo.



En Angers no me costó ubicar la calle Ruan. El viejo comedor para mineros aún existía.

¿Pero usted qué quiere saber, amigo? Le digo que Amy Voggan dejó esto hace años. Estaba enferma.

Lo sé. Pero me interesa hablar con alguien que haya conocido a su sobrina.

Egidio Esteban/2019


¿Es usted de la policía? ¿Está en otros líos esa muchacha?
No soy policía, soy... un pariente de Agatha Voggan.


El dedo sucio del dueño del comedor indicó una mesa, en el más oscuro rincón del salón.
Siéntese allí y espere. André llegará en seguida a comer. El puede hablarle de Agatha.

Era un hombre mustio, callado. Primero titubeó. Luego se dejó llevar por la evocación eligiendo sus palabras con cuidado, como si pisara un terreno cenagoso que podía hundir sus pies a cada paso.
Era buena. Pero nadie le creyó cuando aquello sucedió. Y su tía menos que nadie.


"Comía aquí desde siempre, pero entonces las cosas estaban mal en las minas. Agatha me fiaba cuando su tía no atendía el negocio, obligada al reposo por su enfermedad."
¿Cuánto le debo ya, Agatha?
Olvídelo. Me pagará cuando todo mejore, André.


Cuando todo mejore... Nunca, tal vez. Nos moriremos de hambre aquí.
¿Dónde dormirá esta noche? Sé que lo echaron de su pensión.


Por ahí. Estoy acostumbrado al desabrigo. Todavía quedan galpones vacíos en Angers.
Hace frío ahora, André. Déjeme ayudarlo. Puede quedarse aquí; dormirá en la cocina. Le bajaré unas mantas.


" Me costaba aceptar su ayuda. Pero la necesitaba. Estuve durmiendo en la cocina del comedor mientras duró la enfermedad de su tía Amy."
Lo siento, André. Mi tía está bien ya. Atenderá el negocio hoy.
Entiendo. No me quedaré esta noche. Gracias, Agatha. Consuela conocer gente de su bondad.


"Esa noche hubo un robo en el comedor. Se llevaron el dinero de la caja y Amy Voggan llamó a la policía."
¡Deben encontrar al ladrón! ¿Qué clase de seguridad ofrece esta ciudad a los comerciantes?
Investigaremos.


"Hicieron preguntas los policías. A todo el vecindario. Alguien dijo algo muy importante..."
Hum..., no me gusta hablar sin saber, pero esa muchacha, la sobrina de la Voggan... Todas las mañanas, al abrir el negocio, salía un joven de allí.


"Me ubicaron en seguida. Yo no tenía ningún temor porque no era el ladrón. Pero arruiné a Agatha."
¿Es verdad lo que dice este hombre?
Sí. Dormía aquí todas las noches, en la cocina. Lo habían echado de su pensión. Quise ayudarlo, tía.


¡Te aprovechabas de mi enfermedad!


Cállese, Amy. No he conocido a ninguna tan limpia como su sobrina. ¡Aleje de su mente esas sucias ideas! ¿O también su alma es avara como sus manos?


"Me acusó de robarle Amy Voggan. Y echó a su sobrina de su casa. Pero ocurrieron dos cosas: casi en seguida el verdadero ladrón fue apresado por otro robo y confesó el del comedor. Quedé libre y busqué a Agatha.".
Siento lo que pasó por mí.
Debía suceder, no es su culpa.


¿Qué hará ahora? Está sola. Hay trabajo otra vez en las minas. Me emplearon sin problemas. Ganaré dinero. Puedo ayudarla, pagarle lo que hizo por mí.


"No aceptó mi ayuda. Consiguió ubicarse en una tienda como vendedora y se alojó en una pensión de mujeres. Entonces descubrí que la amaba. Empezamos a vernos los domingos."
Estuve pensando, Agatha. Usted y yo... parece que el destino nos quiso solos para juntarnos. Puede ser ahora. Si quiere...


"Iba a declararle mi amor. A ofrecerle matrimonio. Un hogar bueno. Pero entonces sucedió lo otro. Una tarde la busqué a la salida de su tienda..."
¿Agatha? Ya no trabaja aquí. Volvió con su tía. Está muy enferma y mandó llamarla.


Como Caryl, André tenía los ojos húmedos al terminar su historia. Vestía buena ropa ahora; tenía trabajo seguro en las minas, pero había perdido al amor.
Después de enlodar su nombre, la tía Amy no tuvo reparos en aceptarla a su lado cuando se sintió morir sola.


Cerraron el comedor una semana después. Y no volví a ver a Agatha. Nunca más. El médico que atendía a su tía aconsejó internarla en un hospital de las montañas.


André no sabía cuál. Me lo dijo el dueño actual del negocio cuando volví a preguntárselo.
Se marcharon a Langrés. Al "Hospital Saint George". Pero dígame la verdad, amigo, ¿no es usted de la policía?
Ya le dije que no. ¿Por qué habría de serlo?


-No lo sé. No me gusta hablar. Pero alguien trajo una noticia hace un tiempo. Agatha Voggan estaba envuelta en un lío en Langrés. Narcóticos, creo.
Todo el mundo olvidó ya su caso. Sólo André se molestó al enterarse. Para él, claro está, la muchacha siempre fue buena.

Para los otros no era más que un caso. Cuando alguien se convierte en un caso, los otros dejan de referirse a él como a un ser humano; en un caso no hay ni sufrimientos ni vergüenza, ni angustia ni dolor. Rumbo a Langrés pensaba en André y su amor que no pudo ser...



Se llamaba Denisse. Y empezó a borrarme el recuerdo amargo de Solange. A crearme una esperanza nueva.



Cabían tantos sueños imposibles en París. ¿Por qué no el nuestro? Todo radicaba en el nombramiento del padre de ella como ingeniero de una importante empresa petrolera.



Fue simple: el padre de Denisse consiguió el nombramiento. Y nuestro amor fue un par de manos moviéndose desde un andén y una ventanilla de tren.



Así, simple como una nube cortando el azul, como una hoja volteada por el otoño. Así fue el amor de Denisse. Agatha y yo, André y yo, teníamos un "no-pudo-ser" semejante a nuestro ayer. Ya eran dos los desencuentros que me hermanaban a Agatha Voggan. Y aún quedaba el "Hospital Saint George". Un oscuro edificio perdido en los montes nevados de Langrés.



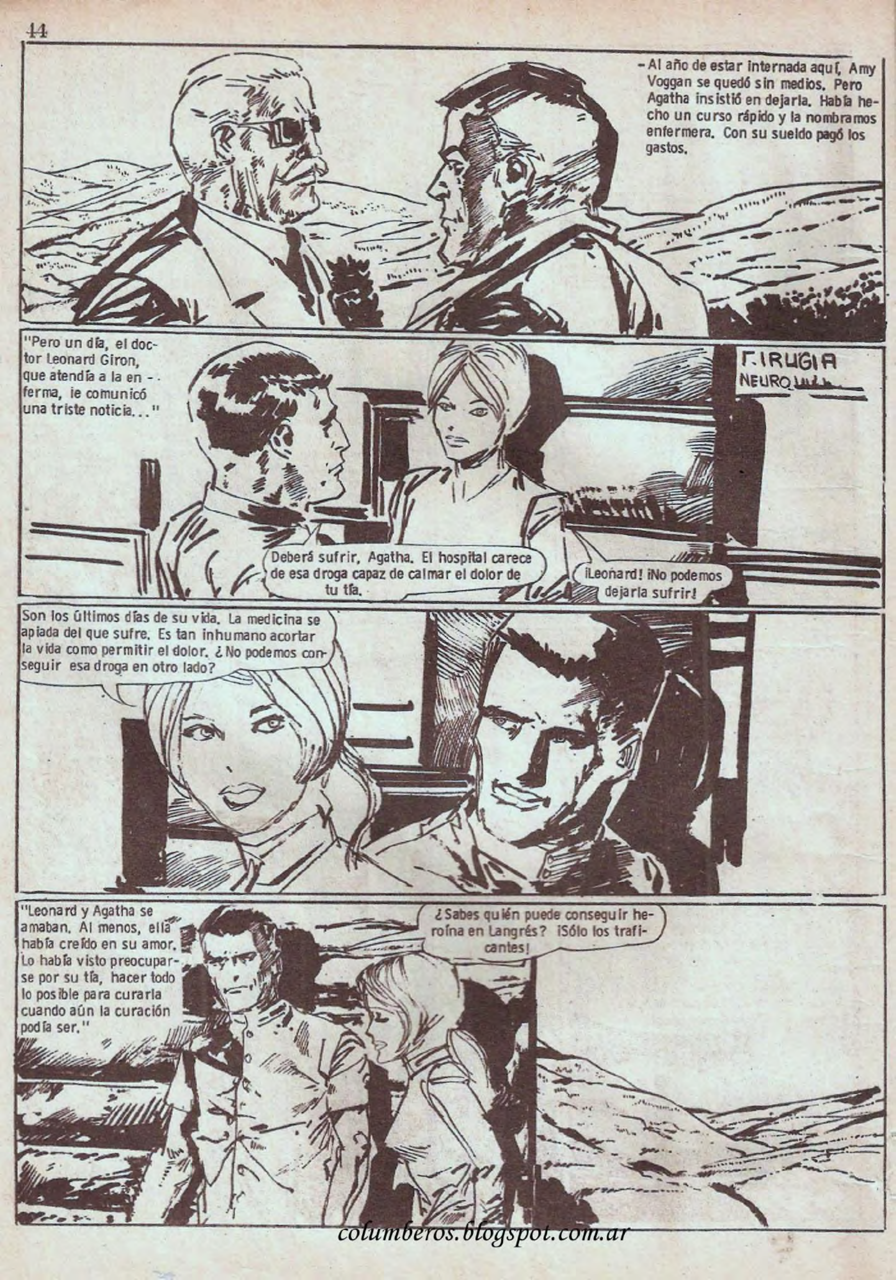
El doctor Jourdan me atendió en su despacho. Volvió a preguntarme lo mismo que el dueño del comedor de Angers.





Salimos al jardín. Detrás, lejos, como telón de fondo, las montañas guardaban el silencio misterioso de los grandes.




-Al año de estar internada aquí, Amy Voggan se quedó sin medios. Pero Agatha insistió en dejarla. Había hecho un curso rápido y la nombramos enfermera. Con su sueldo pagó los gastos.
"Pero un día, el doctor Leonard Giron, que atendía a la enferma, le comunicó una triste noticia..."
CIRUGIA
NEURO
Deberá sufrir, Agatha. El hospital carece de esa droga capaz de calmar el dolor de tu tía.
¡Leonard! ¡No podemos dejarla sufrir!
Son los últimos días de su vida. La medicina se apiada del que sufre. Es tan inhumano acortar la vida como permitir el dolor. ¿No podemos conseguir esa droga en otro lado?
"Leonard y Agatha se amaban. Al menos, ella había creído en su amor. Lo había visto preocuparse por su tía, hacer todo lo posible para curarla cuando aún la curación podía ser."
¿Sabes quién puede conseguir heroína en Langrés? ¡Sólo los traficantes!


¡Pues la buscaré allí! Será la única vez que su infame comercio sirva para algo noble.
¿De verdad te animas? Conozco el domicilio de uno de ellos. Yo no podría arriesgarme. Pero si eres tú quien va...
Sí, iré. Puedo ahorrar algo de mi sueldo.... con eso pagaré.
No. Deja que sea yo quien pague la droga. Déjame que, al menos, te devuelva algo por lo que haces por tu tía.
"La bondad del hombre que amaba le sirvió de consuelo a su dolor. Y empezó a visitar a un traficante en secreto. Compraba la heroína y se la entregaba al doctor Giron para que él se la aplicara a Amy Voggan."
A nadie, Agatha, a nadie. Esto debe quedar entre tú y yo.
-Comprendo, Leonard. Te arriesgas por mí. Nunca mi amor podrá recompensarte...
¿Lo crees? Me recompensa ésto: saber hasta donde eres capaz de ser egoísta; saber que harías cualquier cosa por calmar el dolor de los seres que amas...
"Por supuesto, Agatha no ignoraba que tratar con un traficante la ponía en peligro, pero los seres como ella siempre están dispuestos a transar con su propia desgracia si ello proporciona felicidad a los que aman. Un día, sin embargo, advirtió que su tía seguía sufriendo. A pesar de la droga, la calma no ganaba su cuerpo condenado a la muerte."
"La encontré llorando junto al lecho de la paciente..."
¿Flaquea ahora? Hay que resignarse a la inevitable, Agatha.
Sí, doctor Jourdan..., pero si al menos ella no sintiera dolor.
Las drogas calmantes llegarán de París en quince días. Entonces se sentirá mejor.
No es verdad. Ninguna droga la calmará ahora. La heroína que le aplica Leonard. La que le aplicaba antes...
"La frase mutilada alertó mis sospechas. Me había llegado una denuncia anónima sobre una venta clandestina de heroína en mi hospital. No lo creí hasta ese momento. Entonces empecé a vigilar a Leonard y a Agatha."
¿Es necesario más aún, Leonard?
Sí. Esta noche debes adquirirla. Toma el dinero.
"Ella dormía en el hospital. Por eso me intrigó que saliera esa noche de lluvia. Y que se dirigiera por el camino embarrado hacia el pueblo cercano."
(¿Qué puede ir a buscar? Ni siquiera va a encontrarse con Leonard; él está de guardia esta noche.)
"No entró en el pueblo. Torció hacia los suburbios en el primer cruce. Apurando el paso y sin sospechar que la seguía. Por fin, cuando la vi detenerse frente a la casa del hombre cuyo comercio conocía, ya no tuve dudas."
(¡Es ella quien compra la heroína a ese canalla! Supongo por qué lo hace.)
¡Un momento, Agatha! ¡No llame a esa puerta!
¡Doctor Jourdan! Me siguió usted...









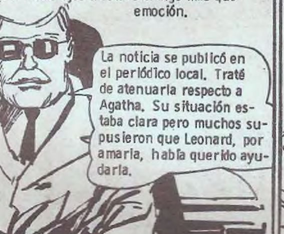
Lo sé: a Leonard Giron. Yo también tengo pruebas contra él.

Hay otra persona complicada en el caso: Agatha Voggan. ¿No es la joven que lo acompaña? Servía de enlace a Giron.

"Ante la evidencia, Leonard confesó que vendía la heroína al doble del precio que le pagaba al traficante. Y aclaró cómo había engañado a la mujer que lo amaba para que se arriesgara por él. Agatha lloró cuando su tía murió al día siguiente."

Ya pasó todo, señorita Voggan. Dejó de sufrir.







La noticia sirvió para algo bueno: su hermana gemela, Monique, la ubicó por ella y vino a buscarla. Se fueron juntas una tarde. A París, donde Monique tiene una casa que heredó de la tía que recogió su orfandad.





Creí que me amaba. Por eso me dolió el tiempo ausente que debió postergar nuestros encuentros cuando mi padre enfermó.

Vine a buscarte a tu estudio, Jean Paul. ¿Tampoco hoy saldremos juntos?

Mi padre sigue mal. Me necesita a su lado, Marión.





Fui. Su madre atendió mi llamado. Abrió la puerta y me mostró su asombro junto con su inquietud.

¡Jean Paul! No, mi hija no está... Salió... con unas amigas. Acaso regrese tarde.

Entiendo. Debí avisarle, pero fue imprevista la oportunidad de poder verla. Telefonearé mañana.

Era un presentimiento o una necesidad de saber. No lo sé. Pero me quedé esperándola. Afuera, en el auto. Un poco más allá de su casa. Hasta que otro auto se detuvo y la vi bajar con un hombre.

Ha sido una espléndida velada, Marión. ¿La repetiremos?

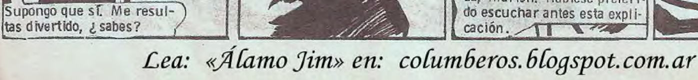
Supongo que sí. Me resultas divertido, ¿sabes?





Una vez, al conocernos, te conté la historia de mis desencuentros de amor...; serás el último. Ya no podré amar otra vez.

Si fueras menos trágico podrías entender. Soy joven, Jean Paul. Me dejaste sola mucho tiempo.





Inexorable, su punto de vista se irguió ante mí, como un inocente crimen. Pero había matado mi amor. Lo último que dijo antes de irse para siempre de mi vida, cobró sentido mucho después: ahora...
No pudiste con tu genio de detective. Debiste haberme investigado antes de empezar a quererme, asegurarte que era yo la que necesitabas.
Sí, debí hacerlo. Como lo hice ahora, que recopilé el pasado de la mujer que hubiera sido capaz de amar, para brindárselo a su hermana sobreviviente y vacía.
Ah, señor Debrisse. Regresó usted pronto. Mademoiselle lo aguarda arriba.
Monique me saluda. Me hace sentar. Escucha el relato de un ayer. Sus ojos parecen viajar al encuentro de circunstancias que pudo compartir con Agatha.
Y eso es todo, señorita Voggan. Su hermana fue una buena mujer que amó sin egoísmos, hasta el renunciamiento. Pero el amor le negó su recompensa.
Sí, se la negó. Le daré un cheque con sus honorarios, señor Debrisse. Es el momento de la verdad.
Me alarga el papel que acaba de firmar. Y mis ojos se llenan de asombro cuando recorren las letras claras, legibles, que forman un nombre...
¡Agatha Voggan! Entonces usted... es Agatha. ¿Qué juego ha sido el suyo? ¿Qué clase de burla?
Ni juego ni burla. Sólo cumplí la última voluntad de mi hermana Monique; ella fue quien murió una semana después de traerme aquí.
Estaba enferma cuando se enteró de mi paradero y fue a buscarme a Langrés. Durante la semana que vivimos juntas, me hizo contarle toda mi vida, la que usted acaba de investigar... y me contó la de ella.
Hay un pedazo de sol que se cuela por la ventana y traza una medalla de luz que empieza a recorrer el piso, acercándose a nosotros...
El día que precedió a su muerte me pidió que hiciera esto: que lo llamara a usted haciéndome pasar por ella y que le encomendara la tarea de recopilar mi pasado.
La vida de Monique fue vacía, sí, pero no solitaria. Disfrutó de la fortuna que le dejó la tía que recogió su orfandad. Pero tampoco encontró el amor. Esperé un año para cumplir su voluntad postrera. No entiendo sus propósitos.

Entonces, Agatha me alarga una carta cerrada. La escribió Monique para mí, para que me fuera entregada en este momento de la verdad.

Marión era mi amiga. Ella me contó lo que pasó con ustedes, Jean Paul. Me contó la historia de sus desencuentros de amor, la que usted le hizo saber cuando se conocieron.

Acabo de recuperar a mi hermana Agatha. Se me ocurre pensar que la vida de ella y la suya se parecen en mucho. Ahora usted habrá investigado el pasado de una mujer que lo trajo a su casa con un engaño que tramé yo. Usted sabrá si es capaz de amar a esa mujer que necesita amor, el que usted puede darle.

Monique.

Entiendo todo. La fortuna de Monique Voggan pasó a manos de Agatha. Pero, acaso, su mejor herencia es la que incluyó en su última voluntad, que intentó reconciliarla con el amor.

Y bien, señor Debrisse, ¿aclara algo esa carta de mi hermana?

Lo aclara todo. Ya comprendí su intención.

Recuerdo las palabras de Marión: "Debiste haberme investigado antes de empezar a quererme, asegurarte que era yo la que necesitabas". Pensé que Marión sería mi último desencuentro de amor. Y acerté. Fue el último y el que me trajo a Agatha en forma extraña, definitiva. Y agradezco a Marión el haberle contado a Monique la historia de mi vida. Y a Monique el haber tenido esa idea insólita pero efectiva para juntarme a su hermana.

Y Agatha aún no me entiende cuando, antes de irme, le digo:

Volveré mañana. Tenemos mucho que hablar los dos. Hablar de Caryl, de André y de Leonard. Y de Solange, de Denisse y de Marión.

Sí, estoy muy sola aquí. Me gustará hablar con usted. Conoce mi vida tanto como yo deseo conocer la suya.



VAMOS A REÍR





-Estoy contento de haberme casado. ¡Por fin se han terminado las comidas de restaurante!

-¿Por qué no probamos ahora con otro juego de platos?



historias de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

GORRIÓN... DEVUÉLVEME LAS MANOS CON QUE TE HICISTE LAS ALAS

DIBUJOS DE D. HAUPT









¿Puedo mirarla?

Nunca se lo prohibí.



Otoño. Las venas eran ramas retorcidas y secas. Cobre. Los ojos y las uñas eran de cobre. La sangre en los pulsos era cobre machacado. El amor era otoño.

Una palabra suya y todo será distinto. No habré partido. Me quedaré aquí. Diga esa palabra.

Siempre resultó más difícil decir una palabra que pronunciar un discurso.

3198



Soy muy pobre ... pero, ¿por qué no se atreve a aceptar mi amor?

Nunca medí los sentimientos con la vara ingrata del dinero. Yo tampoco soy rica. Sólo apariencia. La mentira que quieren mantener viva mis hermanos.

Yo soy mucho más pobre que usted, porque no tengo a nadie que me espera. Sólo tengo sillones viejos, abanicos viejos, retratos de antepasados que hicieron el país, dicen...





Perdóneme por atreverme a amarla.

Y yo le doy las gracias por atreverse a amarme.

Nora Figueroa Quintana (Soledad de Otoño Cobre), la "niña mayor", estrujó lentamente el pañuelo de encaje que tenía en las manos. Hubo un leve ruido de hojas secas que se deshacían entre los dedos...

... mientras subía hasta ellos un silencioso perfume celeste a lavanda silvestre. Gertrudis, la vieja ama de llaves, y confidente de Nora, se aproximó atravesando la larga galería que bordeaba la mansión de los Figueroa Quintana en San Benito de Palermo.

Pablo permanecía de pie. Pablo (Grito desgarrado de Otoño Cobre) tenía tomado entre sus gruesas y tremendas manos su sombrero de siempre "color tiempo".







Te equivocaste. Esta vez no te llamé. Déjame sola, en el borde mismo de la cuna. Deja que me caiga, que me estrelle contra el suelo.

Gertrudis (Otoño bueno, pero sólo Otoño) se volvió de mala gana. Nora sabía muy bien que la anciana servidora o Luis, el mayordomo (Otoño agrio, pero Otoño bueno) los continuaban espiando escondidos detrás de las tupidas cortinas de cualquier ventana.

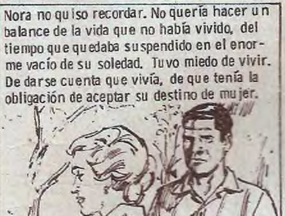


Nora Figueroa Quintana se había quedado soltera para poder permanecer junto al padre que la adoraba; y muerto éste, continuó soltera, para vigilar a los sobrinos que llenaban aquella casa...



. . . y también en Buenos Aires, pero salvando la "obligación" de visitar la vieja casona familiar, "el museo" como la llamaban las cuñadas, a quienes la finca de Palermo las "agobiaba" porque ahí se había detenido la vida, "casa para niños. . . o para viejos", solían decir.



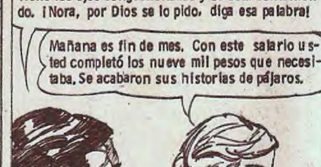






" Aquellos que fueron al Templo desde los barrios más lejanos de la ciudad, marcharon bajo un palio de alas entrelazadas, como si anduviesen a la sombra de una frondosa selva."



















El otoño. El cansancio del otoño que es un pedazo de cobre en el tiempo. Los días que siempre serán cobre. Las horas que siempre serán otoño. Los minutos que siempre serán agonía oscura y ciega.



¡Lo amo desesperadamente! ¡Pero está Loli Fingi! Lo está esperando en Asunción, bordando ñanduty, con los ojos cansados de mirar siempre el fondo de la calle vacía, esperando un regreso que tarda en cumplirse.

Era un gorrión. Pablo era un gorrión, pero no tenía alas. Yo le hice un par de alas con mis manos para que pudiese volar alto y lejos y llegase de una vez y para siempre, al corazón herido de una novia que borda un mantel y una mantilla de ñanduty.



Era el hombre que siempre había esperado: dulce, bueno; sin ninguna clase de fierezas. Triste como un niño. Pablo Corderona, el amor que nunca será mi amor.



Pablo, el que nació en el otoño; el que llegó en el otoño; el que partió en el otoño con un "adiós" que era cinco cuchillos pequeños hiriendo la carne.



Pablo, el que contaba historias de pájaros y cuidaba las plantas del enorme jardín de la casona colonial de los Figueroa Quintana. Pablo que se hizo gorrión y se hizo cobre y se esfumó en el alma desesperadamente enamorada de una muchacha que que era otoño. Nora otoño.

El principio. Un día cualquiera. Un hombre que llegó a la mansión a pedir trabajo.





Una emoción profunda conmovió a la mujer posteroada que estaba latente en Nora Figueroa Quintana. Lázaro resucitaba. Ella ya tenía 35 años y él había cumplido los 37.



¿Nueve mil pesos no le parece demasiado sueldo para un jardinero?

Yo no pretendo ganarlos en un mes, ni en un año. Trabajaré hasta acumular los nueve mil pesos y luego me iré.



Pablo Corderona trabajaba siempre en silencio y se deslizaba por los senderos del jardín como temiendo que algún ruido pudiese lastimar a las rosas rojas o ensuciar a la rosas blancas que tando quería la "señorita Nora", "la niña mayor".

Al anochecer se lo veía ir lentamente hacia los fondos de la enorme finca. Parecía concurrir a una cita puntual e invariablemente, aun en días de tormenta. Una tarde Nora descubrió aquel secreto del jardinero.







¡Niña Nora!

Luis, quiero escuchar qué es lo que les cuenta a los niños.





"Llegó la golondrina, bajó del cielo; nos trae la primavera y un año bueno; tiene alas negras y blanco el pecho. ¿No irás a tu despensa por pan y queso, por vinos bien maduros y agua con miel bien añeja?"



Luis, abra el portón. Que entren esos niños. Pueden ocupar la galería. Que Gertrudis haga preparar chocolate.

¡Perdón, señorita Nora!



Fue el comienzo. El encuentro de cada tarde. La ternura de las historias de pájaros. Los niños que se iban y ellos que se quedaban conversando o en silencio, esperando que el cielo y la tierra fueran definitivamente noche.

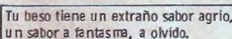




Más tarde, cuando Pablo Corderona encontró la verdad de su amor, la confesión de aquella noche fue la barrera que separó al hombre y a la mujer; "al jardinero" y a "la niña mayor"; al dulce muchacho paraguayo y a la dulce muchacha argentina.

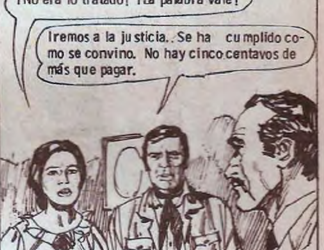


Viajero de otoño, hombre violeta con mirada de cobre y ojos de cobre llegó a Asunción vencido; llegó hasta la novia que esperaba y tejía ñandutí.













Transcurrieron siete años, siete largos otoños. Muchas cosas ocurrieron entonces Las siete plagas de Egipto. Un tormentoso anochecer de abril, un hombre manco del brazo izquierdo llegó a la vieja casona de los Figueroa Quintana, en San Benito de Palermo.





Se cumplía el milagro del regreso. El gorrión había vuelto. Otra vez juntos, pero ahora era distinto. A Pablo le habían tenido que cortar el brazo que le hiriera Rosendo Grenda.

Los Figueroa Quintana habían caído en la más absoluta bancarrota. Malos negocios de los hermanos, despreocupación de todos; cada uno era un poco culpable de aquel destino inesperado y malo.



-La pobreza alejó a todos. Se fueron los sobrinos. Se fueron también los amigos. El pobre Luis estuvo con nosotros hasta el último momento. Luego tuvo que ir a morir en un hospital. Me queda Gertrudis. Fui vendiendo muebles y cuadros para poder vivir.





El otoño trajo el amor, el milagro del amor que hizo del cobre oro y de la angustia y la tristeza, la esperanza y la alegría. Otoño. Nora y Pablo. Otoño. El jardinero y "la niña mayor". Otoño. El hombre, la mujer y el amor: primavera.

FIN

DE BUEN HUMOR



-Cuando comenzó a probarse ese sombrero era de moda, señora.



-Siempre sufro la misma pesadilla, doctor. Veo que todas las tiendas están en liquidación y no puedo encontrar la billetera de mi marido.

EL JUICIO

Por AUGUSTO PALADIÓN

DIBUJOS DE TAGGINO

"Señor, nunca me des lo que te pida. Me encanta lo imprevisto, lo que baja de tus rubias estrellas..."





"...quiero el asombro de ir silencioso por mi calle oscura..."











El auto tomó por Warnes hacia Chacarita. Nadie hablaba mientras Ismael Almendias se debatía en marchas y contramarchas de conjeturas.



Nadie respondió a sus innumerables preguntas mentales.



El automóvil se había detenido junto al oscuro y asfixiante paredón del Cementerio de la Chacarita. La mirada del prisionero buscó en la vereda de enfrente el lugar a donde lo conducirían, pero uno de aquellos hombres lo tomó del brazo y lo condujo hacia... el paredón.



Sólo cuando Ismael estuvo a dos pasos de la alta pared, sus ojos vieron aquella pequeña y fugitiva puertita.



Había tanta confusión en su espíritu, que ni las palabras encontraba a mano.





El prisionero no podía conceptualizar aquello que veía. Ambiguamente pensó algo acerca de la escasez de edificios públicos.







Ante el silencioso asombro de Ismael, aquel hombre del mostrador le colocó un pequeña chapa roja detrás de la solapa de su perramus.




Fue como lanzarse a un mar de conversaciones, murmullos, risas y llantos. Caminó por entre esa gente y sintió que les era indiferente, que nadie había reparado en su arribo.
(Todos parecen estar encerrados en sí mismos. Hablan pero nadie los escucha.)

Pero no era así. Alguien había notado su presencia.
¿Es la primera vez que usted viene aquí?
Sí; ni siquiera sé por qué me han traído.


Eso dicen todos. Pero no se aflija porque ya se enterará usted cuando esté allí dentro.
¿Qué hay allí dentro?


-Están los jueces-repuso la mujer mientras ambos (todos los que estaban en la sala también) miraban la puerta negra que acababa de abrirse para dejar salir a un hombrecito de triste aspecto.


Numero RXL 2.342. ¡Pase!


Un hombre salió de entre la multitud -que siguió charlando como si tal cosa- y subió la escalera hacia la puerta negra que se abrió a su paso.
¡Pobre! Ojalá sepa defenderse.


¡Cómo! ¿Uno se tiene que defender solo? ¿No se puede llamar a un abogado? ¿Qué clase de juicio es éste?
No, amigo; no haga usted comparaciones con otros juicios o con otros fueros. Aquí todo es distinto. Se ve que es la primera vez para usted.

-¿Y usted...?
Sí; yo ya he venido otra vez cuando... cuando iba a nacer mi primer hijo. Yo no quería tenerlo, ¿sabe? Y entonces me trajeron a juicio y... me juzgaron.


-¿Qué pasó entonces?
Oh, nada. Mi primer hijo ya tiene doce años. Sí, ya hace de aquello doce años y pico.


-¿Y ahora? ¿Por qué la trajeron esta vez?
Ya le dije que uno se entera de eso cuando está allí dentro.


-Número NSY 9705. ¡Pase!


Es mi turno. Quizá no vuelva a verlo a usted jamás, amigo, pero recuerde este consejo: no se deje tentar y espere el juicio sin rebeldías inútiles.


Ismael vio cómo aquella mujer subía la escalera con cierta amargura y, también, con cierta decisión.
(" No se deje tentar y espere el juicio sin rebeldías inútiles.")


Se puso a caminar. Y mientras deambulaba por aquella sala inmensa, iba pensando en las palabras de aquella mujer sin poder encontrar el sentido.
(¿Qué me habrá querido decir?)


Caminando y pensando comprendió dos cosas: comprendió que cuanto más caminaba, más grande parecía aquella sala. . .
(Es de nunca acabar. Parece infinita.)


Y comprendió también que sería inútil tratar de informarse entre aquella gente que parecía tan ignorante y tan extranjera como él. De sus dos observaciones concluyó cuál sería su actitud:
(Esperaré lo que tenga que venir sin preocuparme. Pensaré en cualquier cosa. Por ejemplo, en cuándo haré lo que pensaba hacer esta noche.)


Fue en aquella altura de su reflexión que se sobresaltó y su palidez natural se le hizo extensiva al alma.
(¡La pistola! ¡Si me encuentran la pistola estoy perdido!)


Comenzó a buscar un lugar en donde esconderla, en donde nadie la descubriera.
(Quizá pueda envolverla en mi pañuelo y dejarla debajo de algún banco. ¡Pero todos están ocupados!)


Llevaba como media hora de búsqueda cuando vio aquella puertita.
(Es como la del paredón. Quizá sea un baño y entonces. . .)


Alentado por su conjetura tomó decididamente el picaporte y empujó.


Sin vacilación se introdujo en aquella vacía salita. Algo le golpeteó en la sien.
("No se deje tentar. . . ")


Pero su mente ahogó toda pusilanimidad. Aquella salita tenía otra puerta que se abría a un oscuro pasillo.
(Vamos. No pierdo nada.)


Mientras avanzaba por la oscuridad iba pensando que atrás dejaba la posibilidad de ser libre definitivamente, pues si él era inocente de cualquier culpa -como pensaba-, ¿por qué le temía a ese juicio que sólo podía sobreseerlo de cualquier cargo?


Casi gritó de alegría cuando descubrió la salida de aquel largo pasillo. Se acercó a ella sigilosamente, pero no había nadie. El camino a la libertad estaba expedito.
(¡El cementerio! ¿Cómo podré encontrar ahora la salida?)


El vasto cementerio se extendía a la mirada de Ismael Almendias como un Sahara infranqueable, como un laberinto borgeano.
Bien; ningún temor es ahora posible. Los muertos, muertos están...


Después de largo rato de caminata por entre los sepulcros, se detuvo a descansar. Tenía la angustiosa sensación de ser observado, de ser seguido, de ser guiado. Desechó de su espíritu toda sombra de temor y estaba pensando objetivamente en su situación, cuando vio aquel tenue resplandor que parecía emerger de una tumba.


Se acercó con pasos decididos, con cierta dureza, con cierto desafío.


Apoyando sus manos al borde del sepulcro, acercó su cabeza a la apertura aquella y miró. Miró y vio.


Aquello fue incomunicable, incomprensible, inexpresable. Lo único asible fue la reacción que aquella visión suscitara en Ismael Almendias: se echó a correr con toda la fuerza de su cuerpo y de su alma.


Corrió hasta creer que había agotado el mundo bajo sus pies. Fue entonces cuando se encontró con quien parecía ya esperarlo...
¡Aquí acaba su huida!





-Número ANS 22 160. ¡Pase!

Subía como demorando los escalones del patíbulo



El fiscal se puso de pie para responder al juez:

Su nombre es Ismael Almendias: su cargo: homicidio inminente.

¿Cuál es su defensa, hijo?

Soy inocente. No se puede juzgar por las intenciones.



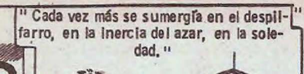
















–Llegó un momento en que no hubo más dinero para mí. Llegó un momento en que todos me exigieron la devolución de lo adeudado a mi vida o mi sangre. Llegó el momento en que tuve que tomar una extrema decisión ante la implacabilidad del prestamista.













También ha tenido otro sentido, hijo, esa... escapada tuya. En ella se te ha concedido la visión de...

¡Oh, qué horrible aquello! ¡He visto en aquella tumba el mismo Infierno!

¿Ya le recomendaste a tu familia leer: «Mi novia y Yo»?



Anonadado por las palabras del juez, Ismael no se dio cuenta de que el hombrecillo lo tomó nuevamente de la mano y lo condujo hacia afuera del recinto del Tribunal. Sólo cuando estuvo ubicado en el automóvil, tuvo conciencia de sí mismo.





Como el de ida, el viaje de vuelta fue silencioso y caviloso para Ismael. Pasaba y repasaba cada una de las palabras que había oído esa noche.



Se bajó tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta que el automóvil continuaba la marcha y lo dejaban a él en medio de la calle. Subió casi mecánicamente a la vereda y caminó hacia la esquina.



En la esquina comprobó que se encontraba en Aráoz y Jufré, es decir, a dos cuadras de Aráoz y Loyola, lugar en donde lo habían detenido. Como ya se estaba acostumbrando a no comprender, dejó pasar por alto aquella imprecisión.



Fue en el preciso momento en que miró su reloj pulsera cuando Ismael Almendias emergió de aquel aletargamiento.



Ya había llegado a la calle Córdoba. Estaba a sólo una cuadra de su destino. Pero se apoyó en la pared de la esquina y se puso a reflexionar.



Ninguna conjetura satisfacía su espíritu. ¿Sería posible que él hubiera caminado dos cuadras durante cinco minutos en estado de somnolencia y hubiese soñado todo aquel disparate?



(...sesenta y siete y son las nueve y siete minutos de la noche y yo, Ismael Almendias, tengo algo que hacer en el café de la esquina de Córdoba y Canning.)



Unos pasos antes de llegar a la confitería Gamenara, Ismael dejó en el olvido toda conjetura, toda preocupación, toda distracción.





La mano de Ismael buscó el arma mientras sus ojos no se separaban de la figura del prestamista que en ese momento hacía cuentas sobre una servilletita de papel.



Ismael extendió su brazo armado y apuntó a la cabeza del usurero. Nadie había en la calle en aquel día lluvioso y frío. Para asegurar el primer disparo, se colocó junto a un árbol y se afirmó contra él.



Y fue entonces, en aquel preciso momento decisivo, en que algo le detuvo la mano, le detuvo el aliento, le detuvo el corazón.



Su mano había palpado aquello. Y ahora lo tenía frente a sus ojos sin poderlo creer.



Ismael tomó aquella pequeña chapa roja comprendiendo que era el signo innegable de la aventura que había tenido aquella noche en la Chacarita. Guardó su pistola y siguió caminando bajo la lluvia por la calle Córdoba.



Al no poderse contestar a esa pregunta, Ismael Almendías supo que debía abandonar todo intento de comprender aquella realidad inasible.







BUEN HUMOR



-Ha sufrido un desmayo. Es que acaba de recibir una carta de nuestro hijo que está en la ciudad estudiando, y en ella no le pide dinero.



-Si este perfume es tan efectivo como usted dice, ¿ por qué aún permanece soltera?



Intervalo Álbum 199 - 11-1967















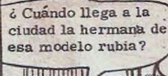


Egidio Esteban/2019


Ya se lo he dicho. Quiero una chica de algo más edad que ésta. No una anciana desvencijada, pero un poco más vieja. Usted puede irse, señorita.
Tiene que tener clase, dignidad..., belleza. ¿Es que no hay en toda la profesión de modelo una sola mujer que tenga estas simples virtudes?
He buscado en todas partes, señor Teague.
Siga buscando. A usted le dije que se fuera.
¡Juliet!
¡Juliet!
¿Qué quiere decir Juliet? ¿Tiene algo que ver con esta chica, señorita Paine?
La otra modelo a quien buscaba..., la que es algo mayor que yo..., y tiene dignidad... y tiene belleza... y... y... ¡ésa es Juliet!
¿Para qué agencia trabaja?
Para ninguna. Juliet es... es mi hermana.
¿Su hermana? ¿Y no es modelo profesional?
Es como usted la describió, señor Teague. ¡En serio! ¡Es perfecta!
Está bien. Mándela. Voy a verla.
Hum... Es... no será tan fácil.
¡No puedes hablar en serio, Eve! ¿Yo, modelo para un aviso de champú?
El señor Teague quiere un equipo de hermanas. Y, por la descripción que hizo, la que él necesita eres tú, Juliet. De veras.
¡Célebres palabras! "Eres tú, Juliet".
¡Cállate...! No, Juliet. Estaba hablando con Skeets. ¡Tienes que venir, Juliet!


Por el modo como Eve me lo planteó, fue imposible decirle que no, papá. Insiste en que mi ida significará mucho para su propia carrera de modelo.


De modo que la hermana mayor se guarda su orgullo y se arroja en brazos del desastre.


¿ Cuándo llega a la ciudad la hermana de esa modelo rubia?


Mañana por la mañana estarán aquí las dos, señor Teague.


El señor Teague no habla... ladra... Pero no dejes que te asuste, Juliet.
Ni lo he visto..., y ya estoy temblando.


¿ Lista, alteza?
Como siempre..., a sus órdenes, señor Teague.


Esta es mi hermana, señor Teague.
¿ Puede hacer algo con ella, princesa?


La estructura ósea es normal..., ¡pero qué manera pateable de vestirse!


Y este peinado es una reliquia de la era victoriana. Pero ahora vivimos en el siglo XX.


¿ Me sigue, por favor?


¡Juliet! ¡No te enojes!


Eso no significa nada. Esa es la forma en que tratan a las modelos.
¿ Como si las modelos no fueran seres humanos?


¿ Como si fueran robots..., sin sentimientos..., sin cerebro, sin... ?
¡Cállate, Juliet! ¡Puede oírte!


Y ahora, transformaremos a esta aldeana en una visión.
¡Princesa!
No soy una aldeana. Soy un ser humano. Y, si no es mucho pedírselo a una princesa...
...por favor, tráteme como a un ser humano.
Luego...
Es que todavía es de noche...
Está amaneciendo, hermana.
Las modelos somos personas madrugadoras. El maquillaje lleva mucho tiempo.
¡Y yo siempre creí que ser modelo era la jauja!
Es una profesión comparable solamente a la de los condenados a trabajos forzados.
No estoy segura de poder enfrentar a ese dragón a esta hora de la mañana.
Juliet..., tú prometiste que...
Ha llegado diez segundos tarde. Por favor, desvístase.
¿ Aquí... ?
Juliet..., eres tan ingenua...
¿ Cómo quieres que supiera que me ordenó desvestirme detrás de un biombo?
Llene el labio inferior de la más vieja. Es demasiado delgado.
¡Uuumpf!
La más vieja se llama Jones. ¿ Podría recordar ese apellido plebeyo, princesa?
¿ No está lista todavía?
Señor Teague, tengo que presentar una protesta. Esta. la más vieja, es insufrible.


No puedo, a pesar dè todo mi arte, convertir en dama a una rústica.
¡Esto es el acabóse!

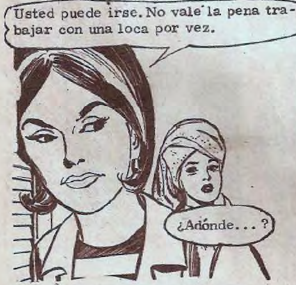

Lo siento, Eve. Creo que no estoy construida para esta clase de servidumbre. De modo que yo...
¡Espere!


Usted está construida en una forma que a mí me agrada. Aquí el que manda soy yo. ¿ Se queda, señorita... ?
Jones. Su Alteza también tiene dificultad en recordar el apellido.


Usted es nueva en este oficio, señorita Jones. ¿ Lo ve? He recordado el apellido. El trabajo de modelo requiere un poco de adiestramiento. Póngase su ropa de calle y venga conmigo, por favor.
¿ Adónde ?

Al paraíso, señorita Jones.


El famoso atractivo de Hardy Teague, que él pone en acción solamente en las más especiales ocasiones..., ¡y que siempre es eficaz!


Usted puede irse. No vale la pena trabajar con una loca por vez.
¿Adónde... ?


¿ Pregunta dónde está su hermana, señorita Jones?


Este, señorita Jones, en el paraíso.


¿ De modo que éste es el paraíso, señor Teague?
En efecto, señorita Jones.


Es igual que... que una cabaña situada a millas de un teléfono.
Es eso exactamente. Especialmente en cuanto a los teléfonos, fíjese que no hay uno solo a la vista.

Sospecho que la arrancaron de la cama al amanecer... y no ha desayunado. ¿Cómo le gustan los huevos?

No muy fritos..., Señor Teague...

¿ Me va a preguntar por qué tengo este oasis en medio del loquero de mis negocios?

Sí.

Puro champú y poca diversión convertirían a Teague en un muchacho aburrido. De modo que, cuando tengo ganas de destrozarlo todo..., desisto de la idea y vengo acá a encerrarme en los bosques.

¿ Está... esa criatura... con él.. todavía?

Si se refiere a la señorita Jones, sí.

¿ Leyó alguna vez a Thoreau? Dijo: "Cuando quiero recrearme, busco la floresta más profunda."

¡Epa! El tiempo se ha acabado en el paraíso. ¡De vuelta a los negocios!

Señor Teage, estoy curiosa...

¿ Me hizo venir acá porque quiere que pose para su champú, o...?

¿ O porque usted me gusta, es lo que iba a preguntarme?

Sí.

Es curioso que lo mencione. Eso mismo estaba preguntándomelo.




El señor Teague es muy terco. Quiere a Eve... y me quiere a mí... para su campaña publicitaria, de modo que...
Hay alguien a la puerta. Atenderé yo.


¿ Quién es, Skeets?


¡Ni te lo vas a imaginar!


Me atreví a suponer que usted estaría libre esta noche, señorita Jones.


Bueno..., podría hacerme la melindrosa..., pero la triste verdad es que estoy totalmente libre.


Más tarde...
¿ No sabe nada tu hermana acerca de los hombres? ¡Regla número uno: para conquistar a un hombre, hay que hacerlo sufrir primero!

Señor Teague...
Llámeme Hardy, Juliet.


Usted se ha pasado toda una hora sin tocar la comida. Lo único que ha hecho es estudiarme. ¿ No tiene apetito...


...o yo se lo hice perder?
¿ Bailamos?


He pedido un tango. ¿ Sabe bailarlo?
Haré la prueba.




Tengo la ligera impresión de que no he sido invitada..., sino de que estoy siendo observada.
¿ Qué hace mañana a las 8 de la mañana ?


¿ Quiere saber si estoy libre a esa hora?
Eso mismo.


Bueno..., tengo que ir al estudio a las 9.
Olvídelo. Vaya a esta dirección y déles esta tarjeta.


¿ Qué lugar es éste?
Ya lo sabrá. Bien, es hora de volver a casa. Necesito dormir bien.


No lo olvide, Juliet. Preséntese puntualmente en esta dirección.
Estaré allí.


¿ Y bien...? ¿ Estuvo Teague encantador?
Queremos todos los detalles deliciosos. ¡Detalles!


Aquí los tienen: una tarjeta comercial de Hardy Teague, con una dirección en ella. Tengo que estar ahí a las 8 de la mañana..., puntualmente.


Avenida Adams 237... Eso queda en pleno centro... ¿ Qué será?
Tal vez sea una joyería cara. Posiblemente, el señor Teaque querrá sorprenderte con un brazalete de diamantes.

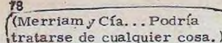

No, eso no queda en el distrito de las joyerías.


¿ Pieles?
Tampoco, chica. No hay peleteros en esa zona... Pero, ¿ qué será?


Tuve una pesadilla. Soñé que Hardy Teague te ordenó estar en cierto lugar a las 8.
No fue una pesadilla, señorita...


...sino una orden.

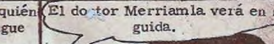

(Esta es la dirección... Cuando encuentre la oficina 1050 sabré para qué he venido.)





Tengo una citación para las 8. No sé a quién tengo que ver, pero el señor Hardy Teague preparó la entrevista, y...
























¿ Y... ?
Aún no lo sé.


¿ Has estado ahí adentro durante tres horas y no sabes para qué?
Quedé destrozada con las pruebas a que me sometieron, pero...


...la verdad es que no sé para qué me tomaron esas pruebas.


Skeets podría tener razón. Hardy Teague puede haberte hecho tomar esas pruebas para asegurarse de que eres lista.


Entonces, podrá usar el slogan: " Las chicas listas usan el champú Softress".
(Es perfecta. No hay ninguna duda.)


¿ Quería verme, señor Teague?
Vistas las circunstancias, ¿ no sería mejor que me llamara Hardy?
¿ Qué circunstancias, señor ... Hardy?
Estas pruebas, Juliet.
¿ Quiere decirme para qué me fueron tomadas esas pruebas, por el amor de Dios?
¿ Es que no se ha dado cuenta?
Estas respuestas... ¿ no le indican algo?
Mi hermana supuso que usted quería probar que yo... que yo soy lista...

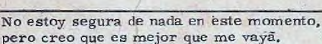

...y que usted va a utilizar el slogan: " Las chicas listas usan champú Softrees". ¿ Es así...?
¡ No es así!


Entonces, no entiendo...
No le hice tomar las pruebas para usar el slogan, Juliet.... sino para averiguar qué clase de esposa sería usted.


¿ Usted... me hizo tomar esas pruebas para averiguar qué clase de esposa sería yo?
Por supuesto...


¿ Por qué? ¿ Qué tiene que ver eso con el anuncio de su champú?
Con champú..., absolutamente nada.


Pero con Hardy Teague..., absolutamente todo.


No estoy segura de nada en este momento, pero creo que es mejor que me vaya.


¿ Sin contestarme?

¿ Contestarle?
Sí. ¿ Acepta o no?


¿ Aceptar qué?
¡Casarse conmigo, Juliet! ¡ Casarse conmigo!


¡Chist! ¿ Alguna noticia de Juliet?
¿ Quiere dejar de chistar, señorita Price?


No, ninguna noticia.


¿ Casarme con usted?


¿ Me propone casamiento porque he tenido buenos resultados en una prueba de sicología?


Las razones por las cuales se casa la gente son siempre equivocadas, Juliet. No se puede vivir de luz de luna y rosas.


¡ Y una pareja no puede vivir de estadísticas, porcentajes y promedios! ¡ Por favor, saque la mano de esa puerta!







¿ Cómo podría dejarlo tranquilo a Hardy Teague, princesa ? No estoy interesada en él sino como empleador.

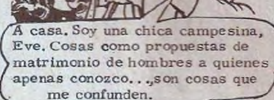
Casi estoy a punto de creerle.













¿ Qué tiene que ver usted con una propuesta de matrimonio que yo pueda hacer a la señorita Jones?

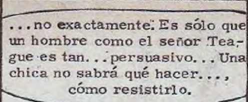
¿ No olvida algo importante?

¡Fue tan frío. . ., tan mecánico. . ., Eve! Imagínate: proponer casamiento a una mujer porque ha pasado unas pruebas.

Creo que yo también me iría a casa. . . si estuviera. . .




¿Dices que huyo del señor Tea-
gue porque le tengo miedo?
Bueno. . .


. . . no exactamente. Es sólo que un hombre como el señor Tea-gue es tan. . . persuasivo. . . Una chica no sabrá qué hacer. . . , cómo resistirlo.




¿ Y crees que debo sentirme halagada por su propuesta matrimonial?
Veamos los hechos como son: él no es el más feo. . . , ni el más pobre, ni el menos atractivo hombre del mundo, Juliet.


Actúa como si nada hubiese sucedido, Juliet. Como si Hardy Teague nunca te hubiera propuesto casa - miento.
Yo actuaré así, pe-ro. . . ¿ cómo va a reaccionar él ?


Se dará cuenta de que no significa nada para ti.

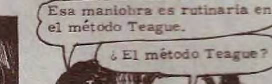

Fruncirá el ceño. . . y pasará a la siguiente chica. Acuérdate de mí.


Parece fatigada, señorita Jones. ¿Ha dormido mal?
No precisamente, princesa.


El señor Teague quiere verla inmediatamente, señorita Jo-nes .
Dígale al señor Teague que estoy ocupada.


No, no es a usted. Quiere ver a la señorita Eve Jones.


¿ Quiere verme a mí? ¿ Está segura?
Segura. Y dijo: " inmediatamente".


Esa maniobra es rutinaria en el método Teague.
¿ El método Teague ?




El movimiento de flanco. Si no puede capturar el objetivo mediante un ataque frontal, ataca el flanco indefenso.


Tranquilícese, señorita Jones. Los rumores de que soy un negrero, son infundados.
¿ Para qué quiere verme, señor Teague?
¿ Algo para los nervios? Es el tratamiento líquido Teague.
No, gracias.
¿ Por qué demora tanto?
¿ Teme por su hermana... o por Hardy Teague?
Iré al grano. Estoy muy interesado en su hermana. Obviamente, la abordé equivocadamente. Necesito su ayuda. ¿ Usted me va a...?
Pero... pero yo...
Le aseguro que mis intenciones son honorables. De usted quiero datos. ¿ Qué le gusta a ella? ¿ Cómo tengo que hacerla reír? ¿ Cuáles son sus gustos, hábitos, intereses?
Yo no invadiría la intimidad del despacho del señor Teague, señorita Jones. Eso será muy embarazoso para todos.
Si el señor Teague quisiera verla a usted, se lo diría.
Pero, ¿ qué la hace demorar tanto?
El señor Teague nunca en su vida ha dado una explicación. Dudo de que usted sea la excepción.
Es que Juliet es muy aferrada a sus decisiones, señor Teague.
También yo, Eve. No le quepa duda.
Sinceramente, Juliet, todo lo que él quiere es agradarte. Por eso quiso hablarme.
Me hizo millones de preguntas acerca de ti y muchas cosas más.
¿ Cuántos huéspedes habrá, señor Teague?
Dos señoritas. Vendrán a bordo por la mañana.


Todo lo que el mensaje decía era que estuviésemos en el yate para una serie de fotografías para la campaña publicitaria.



En la oficina dijeron que las fotos serían tomadas aproximadamente en una semana.


Tengo la sensación de que nos estamos moviendo.
Tu sensación es correcta. ¡ Zarpamos, Juliet!


Probablemente, iremos a alta mar para evitar el telón de fondo de la ciudad.


¡Ah! ¿Volveremos a tierra para el atardecer, capitán?
Yo diría que sí, señorita Jones. Pero no estoy muy seguro...


... de cuál atardecer.


¡Tal vez nos estén raptando, Juliet!
Romántico..., pero totalmente impráctico, señorita Jones.


¡Usted!
En el reglamento de la Compañía Teague no figura ningun a disposición que impida que, mientras ustedes están empleadas en la empresa, no puedan gozar de un crucero en el yate de Teague.
¿ Crucero?


Un crucero de trabajo exclusivamente. Tranquilícese. Quiero que las modelos Softress personifiquen la tranquilidad. Cálmense, señoritas, a cuenta de Softress.
Juliet..., la verdad..., ¿ estás enojada como lo aparentas?


¿ La verdad... ? No.
Hum... Ya me parecía.


Quiero que prepare exactamente el menú que le dejé escrito.
Bien, señor Teague.


¿ Y consiguió esas flores?
Exactamente como usted las ordenó, señor.


Muy bien.

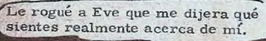

Propongo un brindis. . . por mí. Por mi asombroso buen gusto de invitar a bordo a dos de las más hermosas mujeres del mundo.


¿ Cómo supo el señor Teague que las arvejas que a mí me gustan son las verdes? ¿ Alguien pudo habérselo dicho, Eve?
Bueno. . . , podría mentirte, pero tú eres muy lista.


Me sacarías la verdad de a pedazos. Sí, él me lo preguntó. Además, sé que has disfrutado de la cena.


Hermosa luna, ¿ verdad?


Si fuera suspicaz, yo pensaría que toda esta perfección fue ordenada por usted.
No fue ordenada, precisamente. . .
. . . sino ansiosamente deseada.


Le rogué a Eve que me dijera qué sientes realmente acerca de mí.


Hardy. . .


. . . no es justo preguntar a una mujer qué siente por un hombre, estando a bordo de un yate hermoso. . . , con una luna fabulosa. . . , y con música suave.


¿ Quién dijo nada acerca de ser justo? Lo único que sé es lo que yo quiero.





¡Tú no me lastimarás, Hardy! ¡No permitiré que me lastimes!

¿Lastimarte? ¡Lo que quiero es amarte!





No puedo contestar a esa pregunta..., porque no sé qué clase de hombre es él.

¿Cuánto tiempo?












Quiero que sepas que, cualquiera sea tu decisión, los días pasados han sido maravillosos para mí. Y te haré una promesa.
¿Promesa?
No descansaré una semana hasta haberte obligado a capitular. Usaré todas las tretas y artimañas para conquistarte.
Porque eres muy importante para mí. Y lo que es importante para Hardy Teague, Hardy Teague lo consigue. De modo que ponte en guardia.
¡De vuelta al dulce hogar! Yo contestaré a la puerta, Juliet.
NOK
NOK
¡Está bien, está bien!
NOK
NOK
¡Oh, es usted!
¿Está su hermana aquí?
Quiero hablar con ella en privado. ¿No se opone?
¿Oponerme...? Bueno, creo que no, princesa.
No se moleste. No tardaré. ¿Le propuso Hardy Teague matrimonio?
¿Qué...?
¡Vamos, señorita Jones! A usted le han hecho el tratamiento Teague patentado: yate, plenilunio, un estudio de Chopin y una promesa de amor eterno.
Y bien, ¿cuál fue su respuesta?
¿Qué derecho tiene a hacerme preguntas personales, princesa?
Legalmente, ninguno.
Pero normalmente, todo el derecho del mundo. ¿O usted cree que la ex esposa de un hombre no tiene ningún derecho?
¡Ex esposa!











Además de mí, hay otras tres ex esposas de Hardy Teague.



Pero no estoy conforme con la pension de alimentos ni con el título de ex esposa. Exijo un partido de desquite..., y la próxima vez no fracasaré. De modo que hágase humo, señorita.

¡Ah! ¿Interrumpo?

En realidad, no. La princesa estaba por salir.





¿Se va ahora, señor Teague?







¿Qué ha pasado aquí, Juliet?



Voy para buscar las cosas simples: honestidad, respeto... y reverencia hacia la institución del matrimonio.







Juliet huye espantada de Hardy Teague... y de la punzante incertidumbre sobre sus sentimientos hacia él.








¡Todo es tan normal aquí! Como si Devon fuera mi mundo privado..., donde hay paz..., seguridad...
DEVON


¡Hijita! ¿Por qué no me avisaste que venías? Te hubiera ido a esperar.
Fue una decisión repentina, papá. ¡Si estaré contenta de volver a casa!


Ah! ¿Tienes compañía, papito?
Me olvidé totalmente. Un amigo tuyo está adentro, hijita.
¡Ejem!

Hola, Juliet.


No tuve tiempo de hablarle a tu padre sobre lo nuestro.
¿ Decirle qué cosa nuestra?


Que quiero casarme contigo, por supuesto. Me pareció que a él podía interesarle saberlo.


Le propuse casamiento a su hija, señor Jones. Y creo que me hubiera ido mejor si ella no se hubiese enterado de que estuve casado antes.
Cuatro veces.

Exactamente. Su hija cree que no merezco confianza, que soy voluble y superficial, y pésimo como inversión matrimonial. ¿ Algún comentario, señor?


¿ También tú quieres mi opinión, hijita?
Sí.


Antes de intentar siquiera contestar a la pregunta de si mi hija debería casarse con un hombre que ha estado casado unas cuantas veces antes, quiero saber...


¿ Tú lo amas, hijita?
Cada vez que trato de contestarme a mí misma, veo delante de mí a otras cuatro mujeres que anteriormente se hicieron la misma pregunta.

Me sigo preguntando cuánto querían sus ex esposas al señor Teague... y cuánto las quería él...





Un llamado de emergencia interrumpe la conversación.

¡Les dije a esos idiotas que quería la página de frente a la contratapa! ¿ Qué significa eso de que no me la pueden dar?





-A Ediciones Horstman... O consigo la página que pedí, o Softress no vuelve a anunciar nunca más en ninguna revista de ustedes, ¿ entendido?









-¡No puedo abandonar el boliche por un segundo sin que la desintegración lo amenace! ¡Y tú, ponte a calentar el café!







Estabas proponiéndome matrimonio, justo antes de que te llamaran; me decías que todo sería diferente esta vez. Que soy tu verdadero amor.

Eso mismo. Correcto.



-Tus cuatro matrimonios anteriores se deshicieron porque había alguien que se interponía. El mismo alguien que destruirá nuestro matrimonio.





















¿ Lo estoy, Hardy? ¿ Abandonarías tu empresa por mí?.

¡Abandonarla! ¡Señorita Jones! Esa es una pregunta indecorosa... ¡y tú lo sabes!

















Encuéntreme en el aeropuerto. Volveré dentro de 48 horas. Postergue todos mis compromisos en dos días... Sí, eso mismo. ¡Muévase!

Juliet, ¿ te enamoraste de Hardy Teague?





ALÉGRESE



—¡Qué viaje de bodas vamos a hacer! ¡Natación, golf, caza y pesca!

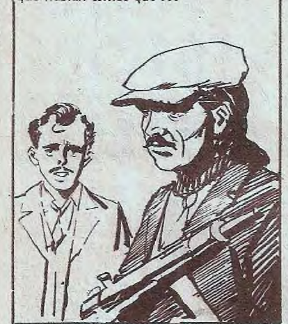


—¿Y, querida...? ¿Qué opinas de mis nuevos zapatos elevantores?



Intervalo Álbum 116 - 11/1967













Contemplando el extenso malezal, que sólo el filo de un hacha gigantesca podía atravesar, el jefe del grupo dijo con desaliento:

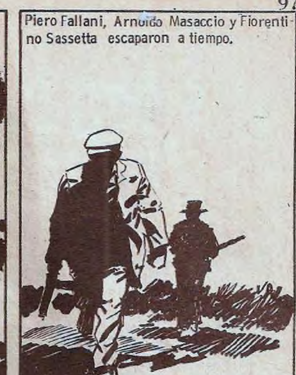
¡Será duro..., pero tendremos que internarnos en él!

2938

Con bastante pólvora, balas para fusiles, bien aprovisionados de víveres, Giuseppe Romoli y su gente descansaban confiados en el interior del malezal. Perocon esa confianza, los mafiosos cometían el grave error de subestimar en demasía el valor, la audacia y la fuerza de voluntad del comandante Capocchia.





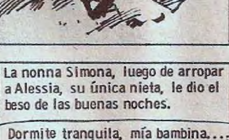














El silencio era un puñal de acero enrojecido transitando la noche. Pasos. La nonna Simona se alerta. Golpes en la puerta. Tensión en el rostro de la anciana. Interrogante:



Ha pedido ver a su hija antes de que lo trasladen a la ciudad.

Atontada, la anciana se hace a un lado. -¿ Por qué Giuseppino está esposado? ¿Qué pecado ha cometido para cargar cadenas? Tal vez el signore comandante quiera explicarme, porque...





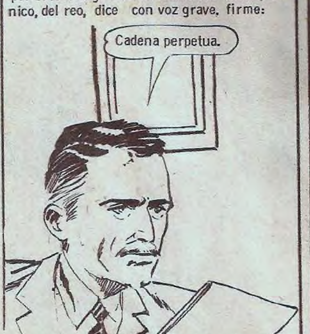




Todo está madurando; la llanura y el bosque, el aire seco y el canto de los pájaros, en la vaina con filigranas de rojo y oro del amanecer, donde la noche, silenciosa, comienza a tender sus sombras.



Tiempo después, un juez, luego de observar por breves segundos el rostro desafiante, cínico, del reo, dice con voz grave, firme:



Cuando Giuseppe Romoli, ya condenado, abandona la sala, muestra serenidad, suficiencia en el rostro.



Piero, Arnoldo y Fiorentino, los compinches que lograron huir, ya buscarán la forma de liberarlo.




Mumo Bredo colabora con un litro diario de leche: Alessandro Verones y su esposa María "arriman" harina, aceite, azúcar, un poco...


...de leña; en esa forma, con la ayuda de los piadosos vecinos, la nonna Simona y la pequeña Alessia "sobreviven". La mujer agradece:
Cuando regrese mi Giuseppino sabrá pagarles todo lo que hacen por nosotras dos, amigos míos.

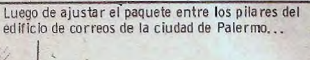

¿Está enferma la mente de la nonna Simona? No. Ella está segura que el único hijo que le queda de los cinco qúe ha tenido regresará a su lado.


Está claro que él no ha matado a nadie. Si fuese culpable de haber derramado sangre en la región, ya hubiese pagado la víctima a manos de parientes o amigos su crimen.


Es la justicia que ella conoce -por haberla sufrido en carne propia- desde que era una bambina que correteaba por las calles miserables de la aldea. Mata... y te matarán. Esa era la ley de las tierras bajas. Así había muerto su esposo y tres de sus cinco hijos.


(Si Giuseppino tuviese sus manos manchadas de sangre, ya sería una cruz en el campo santo. El es inocente. El volverá. La ley de nuestra tierra es...)


Al cumplirse los primeros dos meses de condena de Giuseppe Romoli...


Luego de ajustar el paquete entre los pilares del edificio de correos de la ciudad de Palermo...




...las tres misteriosas figuras se pierden nuevamente en la profundidad oscura de la calle.


Minutos después...



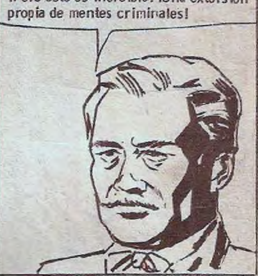


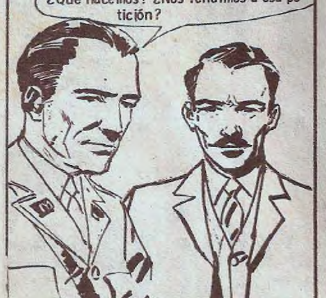
¡Nadie está a salvo de volar por los aires cuando menos lo sospecha!

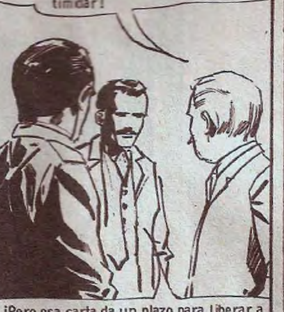
¿Qué hace la policía?



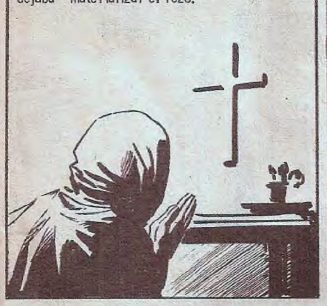






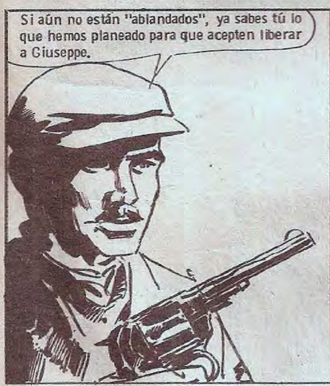




















Es una infección intestinal de mucho cuidado.

Pero la niña sanará, ¿verdad, doctor?

Con la ayuda de Dios y el cuidado que nosotros le prodigaremos, no hay por qué dudarlo, amigos. La anciana es la nonna, ¿verdad?

Sí. Ella se quedará junto a la criatura. Nosotros regresaremos el sábado.


Somos gente de pocos recursos, pero si hay algún gasto extra...
Vayan tranquilos, amigos. La niña tendrá todo lo que necesite.


Más tarde, inclinándose sobre la nonna Simona, el buen médico señaló:
No hay por qué alarmarse, nonna. La niña sanará.


Padre nuestro que estás en los Cielos...


Tres... cuatro... cinco días. Alessia ya se ha recuperado. La serenidad ha ganado nuevamente los gastados rasgos de la nonna Simona.
Esta tarde vas a portarte bien. Yo voy a ver a tu padre, ¿comprendes?
Sí, nonna. ¿Cuándo vendrá él a mi lado?


Pronto, mia bambina..., pronto.


Cuando Giuseppe Romoli leyó el mensaje que sus compinches le habían hecho llegar clandestinamente a la cárcel, respondió:
¡Que lo hagan esta misma tarde! Que no esperen a que se cumpla el plazo. Con lo hecho hasta ahora, "ellos" no cederán. Sólo un "golpe" de esta naturaleza puede llegar...


"...a impresionarlos."
Pero sabes tú que mandas a una segura muerte a...
¡No me importa lo que otros "paguen" por mi libertad! No soy hombre para ahogarme entre estas cuatro paredes.


Por la tarde, Giuseppe Romoli fue notificado de la visita de su madre.
¿Quiere verla?


Minutos después...
¡Mamma! ¿Por qué ha hecho un viaje tan largo? ¿Cómo está Alessia?
Ahora bien, hijo mío.





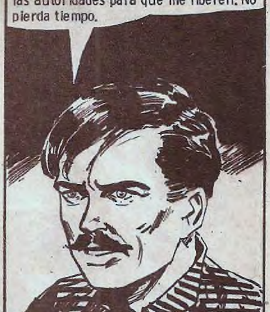


Procurando no alarmar al guardia que estaba en un rincón de la habitación, Giuseppe atrajo a su madre para ordenarle, desesperarado:

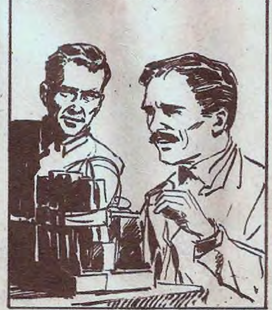
¡Saque a la niña rápido de allí! ¡Rápido!

Pero, ¿por qué? ¡Allí!













A media cuadra del sitio, Piero ordenó detener el vehículo. Luego, girando hacia Arnoldo, señaló:



















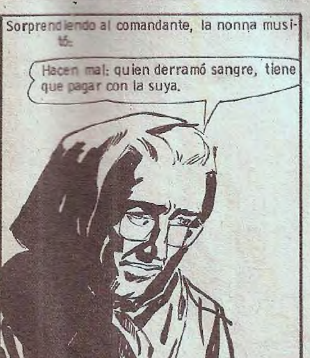




Abandonando a la niña, la nonna Simona se acercó al comandante:

¿Cuando lo matan a Giuseppe?

El no morirá, señora. Su condena es de cadena perpetua.





Tu padre ha morto, figlia mia..., ha morto. Es la ley de las tierras bajas. Quien sangre derramó...

FIN

Escaneado por Egidio Esteban/2019





Intervalo Album 166 - 11/1967

Mary Ann, la que nunca pidió nada. La que fue una sombra a mi lado y que con el correr del tiempo se convirtió en mi esposa. La que siempre vivió una dicha prestada. ¿Por qué las cosas tuvieron que ser así?



Mary Ann duerme a mi lado. Puedo sentir la curva de su pecho bajando y subiendo en acompasada respiración. No puedo evitar pensar en ella.

(Pero tampoco puedo evitar pensar en la otra. Duerme, querida. Yo no puedo hacerlo...)

Porque yo sé que en la casilla de enfrente otro cuerpo también respira. Otros labios muy rojos también fuman. Deborah, el mundo es un pañuelo. Hace unas horas acabo de enfrentarme con el ayer.



El sólo pensarlo me acosa, me hiere, me molesta. "Deborah", tú estás allí", vuelvo a repetirme.

(Deborah...,otra vez tú, Deborah...)








Otra distinta de ésta. Una Luna plateada flotando sobre la línea del oscuro horizonte, derrochando su brillo sobre las aguas de la playa. El cuerpo perfecto de Deborah corría en la arena.


Ella y yo. Yo que la alcanzaba y abrazaba. Yo que me complacía en revolver sus cabellos renegridos.


Yo que comprendía lo difícil que todo sería sin ella y Deborah que reía con un ligero tono de burla en la modulación.
¡Oh, suelta! ¡Suelta!


¡Te quiero! ¡Cásate conmigo!
¿Casarnos? ¡No seas ridículo!


Ridículo. Esa palabra sintetizaba el poder que ella ejercía sobre mí. Con una palabra, un gesto, me dejaba fuera de sitio. Me hacía sentir torpe, hasta casi bruto.
Perdona, no quise decir eso. Es demasiado temprano todavía. Trata de entenderlo.
Entiendo, claro. Quieres más horizontes que Littleville, ¿no?


Porque estábamos en la playa de Littleville. El pequeño pueblo natal de la vieja iglesia, la estación del ferrocarril y sus cuarenta o cincuenta casas.
He leído tanto sobre la ciudad, sus avenidas, su lujo. ¡Quiero conocerla! ¡Estoy harta de este pueblucho!


La primera Deborah que conocí. La casi chiquilina anhelante de sueños juveniles.
Cuando me reciba de abogado, la conocerás si tanto te gusta. Sé sensata, Deborah.


Aquella fue la primera barrera que se alzó entre nosotros. Una barrera un tanto absurda.
¡No quiero envejecer como mi madre, planchando ropa y cuidando niños! ¡Quiero ver gente, vivir lejos de este páramo! ¡Entiéndelo!


Y como siempre un abrazo mío lograba la reconciliación. Después, regresamos a casa entre reproches y mimos. Sí, ésa fue la primera Deborah que conocí.


Vuelvo a mi hoy de viento burlón y luz en su casilla. Hace un poco de frío. El verano se va. No deben quedar muchos turistas por ahí. ¡Ah, reflexiones tontas que hago tratando de evadir los pensamientos! ¿Cuándo comenzó el cambio? Porque hubo un cambio.
¿Quizá cuando aquella compañía llegó a Littleville? ¿Cuando actuaban en el tablado de la vieja casona reacondicionada como improvisado teatrillo?
Son muy buenos, querida.
¡Me gustaría ser como ellos!

¿C tal vez al verte hablando con Mike Kahyoe, el galán de la compañía?

Una chica como tú sería sensación allá, linda.

¿De verás, Mike? ¿Lo dices en serio?

Vi brillar tus ojos con aquel fuego que nunca había llegado a comprender. De pronto una puerta se abría para tus secretas ambiciones.

¡Oh, Jim! Te presento a Mike.

Encantado. Hablaba con la señorita sobre su porvenir.

La puerta que yo luché por cerrar en nuestras discusiones de enamorados.

¡No hagas eso, Deborah! ¿Qué pensarán tus padres?

Estoy resuelta a irme, Jim. No me detendrán. Soy mayor de edad; tengo derecho a vivir. ¡Esto es vegetar!

La pregunta me estaba quemando los labios.

¿Y yo?

¿Tú? Debes esperar. ¡Por favor, no hagas cuestiones ahora! Te escribiré desde allí. No te olvidaré, te lo juro.



No quiero pensar en que eres capaz de todo por un triunfo.



Tu risa me hirió profundo. Fue la primera gran burla. Después el ruido de tus taquitos sobre la vereda se fue haciendo lejano. El tren que pasaba por la vieja estación te llevó de mi vida. Quedé solo, impactado por tu ausencia. Los días se hicieron más grises. Pasó un año, dos. La carrera de abogacía me absorvió un poco. Progresaba rápidamente. Pero algo que faltaba en mi interior me hacía sentir hueco, vacío. ¿Eras tú, Deborah? La pregunta cobraba nuevo vigor en mí. Se hacía obsesiva.

Casi a los tres años fui a la ciudad. La gran jungla de acero y cemento. Los rascacielos que hervían de actividad cual monstruosos colmenares me observaron con curiosidad.

Y a la semana de haber conseguido empleo, un cartel de teatro en una gran avenida hizo que volviera a ver tu rostro.





Aquella vieja ansiedad se apoderó de mí. Compré una entrada para la función nocturna y una vez en primera fila aguardé hasta ver levantarse el telón. La sala bullía en comentarios.







Ya no podía concentrarme en la obra. Mis ojos se llenaban de tu silueta. Te veía yendo y viniendo con una naturalidad asombrosa. Te veía llorando, besando o mintiendo. Desde luego qué en Littleville había subestimado tu habilidad para fingir. También lo nuestro podía haber sido intrascendente para ti. ¿Entonces por qué me buscabas?



Te incorporaste de frente al espejo. Yo me hundí en la negrura abismal de tus ojos. La cercana presencia hacía vibrar mi piel, temblar levemente mis manos.

¡Jim! ¡Jim querido!

Y por supuesto traté de dar a mi voz una entonación casual, no exenta de cierta indiferencia.

Has progresado mucho. Advierto que ya eres figura de primera línea.

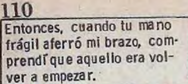
No hablemos de mí. Quiero saber algo tuyo. ¿Qué ha sido de tu vida en este tiempo?



No lo creo. Escribí varias cartas sin obtener respuesta. Están enojados. Tú también debes estarlo, Jim.

¿Yo? No, Deborah. Sólo dejé que siguieras tu camino.







Sabía lo que venía... y lo temía. Lo temía y lo deseaba.

Estoy sola, Jim. He pasado noches de triunfo, rodeada de gente que realmente no comprendo. Reían y bailaban conmigo pero seguía sintiéndome sola. No volverás a separarte de mí... nunca más.







Abrigué la esperanza de que tu sed de mundo y de gente se hubiera saciado. ¡Te mostrabas tan feliz! Cenábamos y bailábamos en la media luz de los mejores centros nocturnos.

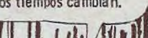
Es curioso...

¿Qué es lo curioso?

Muchas veces hicimos esto mismo en el pequeño club social de Littlevile. Aquí es distinto, entre fastuosidad y gente culta.

En Littleville también éramos cultos... y más puros.





No empeñes la velada con tus máximas paternales. No las soporto.

No hagas caso. Sólo comprendo que te quiero, Deborah.




Y hablamos. Lo recuerdo bien. Era una tarde otoñal con melancolía de hojas amarillentas.
Quiero que seas mi esposa. Decídelo hoy o mañana..., pero que sea pronto.
¿Hoy o mañana? ¿Por qué no ahora?
Y en tus ojos brillaron dos estrellas.
Sí, Jim.
¡Deborah!
Hago una pausa en los recuerdos. El viento silba y la luz sigue encendida en tu cabaña. ¿Qué esperas, Deborah? ¿Acaso a mí?
(Mary Ann sigue durmiendo...)
Mary Ann, la dócil. La mansa, la que entregó todo su amor sin pedir nada. Sabiendo, teniendo la certeza que sólo ocupaba el lugar de otra en mí. ¿Cómo pudo resignarse a eso?
La respuesta era simple. Me amaba. Su lucha es silenciosa. No hay otro modo de combatir a un fantasma. ¡Oh Deborah, no debiste aparecer otra vez en mi vida!
Porque todo era dicha en nosotros. De pronto, un maldito día cualquiera apareció otro Mike Kayhoe. Otro vendedor de ilusiones.
Sí, señorita Miller. Usted tiene un gran futuro en la pantalla grande.
Por obra y gracia del señor Smith, un director de tantos en Hollywood, tus secretas ambiciones renacían. Comenzó nuevamente la separación, lenta. Casi inadvertida al principio.
No podré verte hoy, querido. Tengo ensayo.
Comprendí dos cosas: no tenía derecho a sacrificar tu carrera ni a soportar el estar aferrado a un amor que era la cola de un cometa.
¿Cómo llegaste al "set"? Estoy ocupada. ¿Qué querías decirme?
Miré a la gente que pululaba a tu alrededor. Técnicos, cameramen, actores. No era mi mundo. Nunca estaríamos verdaderamente juntos pues no estaba dispuesto a compartirte con nada.
Sólo adiós, Deborah.













A la playa, por supuesto. Días de sol resbalando en la piel; la sal del mar endureciendo los cabellos. Felicidad, calma, tranquilidad.

Quiero darte niños, Jim. Yo sola no he bastado contra ese recuerdo.

No digas eso, linda. Habrá niños pero no por eso.





Y entonces te vi. Avanzando por la playa. Rectamente hacia nosotros. No sentí emoción al ceñir el talle de Mary Ann.

¿Qué sucede?





Pasaron los días de verano pleno. Huyeron los soles que quemaban la piel. Las casillas de alquiler se fueron despoblando y tú seguías enfrente. Mil veces te había visto en playas. No cambiábamos nada más que furtivas miradas. No había palabras entre nosotros. ¿Sería posible que ese fuera el motivo por el cual no regresaba con Mary Ann a mi hogar?



No sabía qué podía haberte sucedido. ¿Habías fracasado en el cine y la soledad era aún más tremenda? Sólo me importaba el sentirte cerca. Tan cerca como todas las tentaciones.

(No debo ir... No debo ...)












¿Sabías que era ella?
Sí. Lo presentí al verla. Ahora es el momento de las decisiones, querido. Sólo recuerda que te di todo lo que albergaba mi alma. Nada más, Jim.


Comencé a caminar. Mil ideas bullían en mi cerebro. Sentía la mirada de Mary Ann clavada en mi espalda. La luz de tu ventana se acerba más y más.
(Deborah... Mary Ann...)


Y de pronto lo comprendí. Alguna vez pudo haber sido. Ya no. Eras un espejismo. Una ilusión conservada a través de los años.


La historia sería la misma. Siempre alguien te alejaría de mí. Ese alguien no era sino tú misma. El ansia oscura e insatisfecha de distancias, de gente. Yo había echado raíces.


Tú no. Nunca podrías hacerlo. Era algo profundo que alentaba en tu interior. El agua y el fuego no pueden unirse. El hombre navega en el mar, pero éste no es su elemento.


Y la golondrina sólo busca tierra para descansar. Era la explicación de todo y por fin lo sabía. La mano que iba a golpear la puerta se detuvo en el aire.


La bajé en silencio. Al girar vi a Mary Ann que esperaba en la entrada de nuestra cabaña. Desandé el camino hacia ella con tranquilidad. Estaba seguro de mi decisión.


Mi esposa sonreía. Nunca la había visto tan bonita o quizá más correcto era decir que nunca la había visto realmente. Ahora la descubría. Ella era mi verdad.
Mañana nos vamos, linda.
¿Seguro, Jim?


Asentí en silencio mientras la besaba. Entonces la luz de la otra casilla se apagó. Mary Ann dijo una frase sencilla, casi trivial.


Acabo de derrotar al fantasma.


FIN

el paragüas de papel y la lluvia en las manos

Por PEDRO M. MAZZINO

Llueve ahora; el tiempo es una lágrima grande. Y la lluvia dibuja paragüas en la ventana del hombre que mira la calle ajena de la ciudad que no siente suya.

DIBUJOS DE CAROVINI

Sí no te apuras perderemos el avión, Aldemar. Todavía debes cerrar las valijas y terminar de vestirte.

























Fue entonces cuando a ella se le ocurrió. Tomó uno de los paragüas que usaría en la representación...

¡Es de papel, pero nos servirá lo mismo! ¿Te animas?

¿Por qué no?

La geografía de las calles bahianas se transformaba en la lluvia. Era una hermosa sensación la tibieza del aire húmedo y la frescura del agua.



¡Hasta ahora, nada más!










¡Llega el ómnibus! Ven, lo tomaremos antes de deshacernos como un terrón de azúcar.


La lluvia le gustaba a Georgina. Y a él también empezó a gustarle. Empezó a gustarle todo lo que podía acercarlo a ella. Antes. Ahora era distinta la lluvia.
¿No vas abrir el paragüas, Aldemar? Me empaparía antes de llegar al auto.


Sí, lo abro. Claro que lo abro. No es de papel. Evitará que nos mojemos en la lluvia.
¿De papel? ¿Qué cosas dices, querido? No hay dudas; te ponen extraños los días como éste.


A mí me molestan. Espero que el avión no demore la salida. Me disgustan los contratiempos.



A todos los compañeros de su curso les disgustó el contratiempo. Sobre todo a Francisco, cuando el sábado la fiesta se ahogó en lluvia.
¡Maldito tiempo! Ya no habrá samba, ni representación. ¡Linda manera de despedirnos del colegio!


Cualquiera pensaría que te dejará un mal recuerdo todo el tiempo que estudiamos en él, Francisco.
No es eso, Georgina. ¡Confiaba tanto en lo que habíamos ensayado!


Francisco era como el cielo de Bahía: de un instante a otro pasaba de la tormenta al sol. Corrió al escenario y volvió empapado, trayendo los paragüas.
¡Todo el mundo a mi casa ahora! ¡Bailaremos allí! No vamos a dejar de despedirnos sin fiesta, ¿no?


Era alegre la familia que simbolizaba, acaso, a la ciudad crecida en negro, blanco y marrón. Su padre negro, sentado frente a la caja de un tamboril, creó el clima que debió llenar los ojos al público que la lluvia espantara del San Salvador.
Y los paragüas cumplieron su cometido. Girando vertiginosos en las manos inexpertas pero activas del grupo juvenil que dejaba el colegio para entrar en la vida.
¡Bravo, Georgina! Sabes hacerlo muy bien.
¡Es que en esta casa se respira samba, Francisco!

Y el samba sonó hasta la noche. Cuando ya la lluvia había cesado y las estrellas señalaban el camino del regreso que Aldemar compartió con la chica rubia de los ojos azules parecidos al mar.

No nos veremos todos los días ahora, Georgina.

¿Lo quieres así? ¡Vivimos en la misma ciudad!



No se dijeron nada más. Siguieron caminando envueltos en el aire salobre que llegaba de un mar que no veían pero intuían presente. Y el verano fuerte de Bahía los vio correr sobre la misma arena, hundirse juntos en el agua tibia, blanca de espuma y de sal.



Desde el edificio del balneario llegaba un samba de Dorival Caymmi. Triste, melancólico, pero que no resultaba ajeno a la dicha del sol en el tiempo joven que germinaba esperanzas.

Yo tampoco podría irme de aquí, nunca... Por ti.



Hablaba del mar y de las noches bahianas, el samba de Caymi. De nostalgias sentidas por alguien que había dejado su ciudad natal y no encontraba la paz en ningún lado. ¡Qué lejos estaba Aldemar, entonces, de saber que Caymi había escrito para él! Para él ahora...

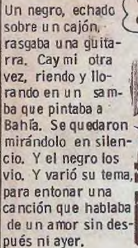
Pasajero del vuelo a Bahía favor de abordar el avión.







Yo también quiero conocerlos. Quiero saber cómo son los que fueron capaces de crearte así, hermosa, clara, luminosa y frágil.







¿No entiendes a la gente de tu ciudad, Aldemar?

Sólo quise agradecerle. . . de la manera que me pareció más conveniente. Estos negros. . .
















Era sincera la alegría de su padre. El lo conocía a Javier Soares: le gustaba lo mejor. Por eso una sombra empañó su dicha cuando Georgina propuso...
Mi padre hará una reunión para presentarnos a la familia. Quiero que traigas al tuyo también.


Sería el próximo sábado. Le quedaban dos días para decidirse, para decirle a Javier Soares que debía conocer al señor Tabares y a su mujer mestiza.
(Le disgustará, lo conozco. Hablará de lo que prefiero no oirle decir.)


La camarera del avión corta sus recuerdos. Le ofrece un vaso de whisky, y Aldemar lo rechaza.
Debiste beberlo. Acaso te calmaría los nervios. ¿Es por lo que deberás decir a tu padre, en Bahía?
Es por lo que no debo decirle.


Entonces se lo diré yo. Tiene que saberlo, Aldemar. Acostumbrarse a una verdad que nos dolió, que nos duele, pero es inevitable. ¿Se lo dirás?


Si al menos no hubiera necesidad de decírselo. ¡Si él fuera capaz de no preguntarnos nada!


Aquella vez, no había tenido necesidad de decirle lo que temía. Porque entonces, cuando debió hacerle saber lo de la invitación, cuando debió prevenirlo que conocería a una madre mestiza, de piel oscura, el destino se anticipó.
Desean verlo, señor Soares.


Al despacho suntuoso de su padre entró una mujer que lo impresionó mal porque no era blanca.
Esperaba al señor Tabares...
Soy su esposa. El está enfermo.


Yo estoy muy al tanto de sus negocios. Podemos tratar juntos la venta de esa maquinaria para la empresa de mi marido. El precio, sobre todo...


Javier Soares regresó malhumorado a su casa. ¡Esa mujer era el demonio! ¿De dónde había sacado tanta habilidad? Lo que su esposo no había conseguido, ella acababa de lograrlo: pagar un precio más bajo que el corriente por la maquinaria que él producía.
¿Pasa algo malo, papá?


Un contratiempo en mis negocios. A propósito: Georgina se apellida Tabares, ¿no? ¿Su padre posee una empresa de...?


Cuando Aldemar dijo sí, su padre empezó a decir no. Se anticipaba a una invitación, rectificaba su aprobación anterior.
Conoces mis gustos, hijo. ¡No podría consentir que te casaras con la hija de una mujer mestiza! Tus hijos, mis nietos, esos que tanto espero para continuarme...


Georgina es blanca, como su padre, papá.
¡Pero sus hijos pueden ser negros! ¡Tus hijos, Aldemar! ¡Negros! Lo siento; ya no quiero saber nada de tu novia.


Hubo de ir solo a la reunión. Y se mostró amargo. Tanto que Georgina lo advirtió.
¿Pasa algo malo? ¿Acaso tu padre no vino por...?
Estaba cansado. Sus negocios lo absorben demasiado.


Mi madre lo conoció, de todos modos. Mi padre ya lo conocía. ¿Sabes una cosa, Aldemar? Mi madre aprendió a conocer a la gente cuando supo que su piel no era todo lo blanca que alguna gente prefiere.


Cuando le mencionó a tu padre lo nuestro, él fingió ignorarlo. Es más, dijo que le extrañaba que tú... te fijaras en su hija. Mamá no tiene nada contra tí. Ella comprende, pero...


Si tengo que luchar por tu amor, lo haré aunque sea contra mi padre.
No me gustaría que lucharas contra nadie. Me gustaría que tu padre fuese comprensivo como mi madre.


Javier Soares no se arriesgaría. El no era de los que se ponen debajo de un paragüas de papel cuando llueve. Soslayó hablar con Aldemar de todo lo que se llamara Georgina. Y un día habló de algo que puso a Aldemar en la alternativa.
¿A Río de Janeiro? ¿Es necesario que viaje, papá?
Sí, es necesario.


Pienso abrir una sucursal allí. Bahía le va quedando chica a mi industria... que es la tuya. Estarás tres meses, haciendo contactos.


Tres meses largos, lejos de Georgina, del mar que debía ser igual y era distinto, porque besaba otras playas. Cuando pasaron, volvió y esa vez Javier Soares le habló, quiso hablarle de Georgina...
Por cuestión de negocios estuve en las oficinas de la empresa de Tabares.


¿Sabías que Georgina trabaja allí, ahora? La vi junto al contador de su padre. Se daban un trato muy amistoso. Ah, él es mestizo. Hacían buena pareja, a pesar de todo.


No sintió celos. Sabía que su padre exageraría cualquier circunstancia que presumiera a su favor en ese intento de alejarlo de ella. Pero antes que nada, decidió verla allí, en las oficinas de la compañía Tabares.
¿La señorita Georgina? Sí, está con el contador. Le avisaré.





Estaba cambiado Francisco. Asentado. Crecido. El ímpetu de sus años de estudiante no se volcaba ahora al samba vertiginoso de unos paragüas girando al compás de su piano. Trabajaba con fervor para abrirse un camino. Georgina se lo dijo después, cuando el auto se deslizaba frente a la playa que espejeaba en la noche.





¿Irnos de Bahía? Dijiste que nunca...

La industria de mi padre es mía también. Me necesita y la necesito. Ahora, Georgina. Te acostumbrarás a estar lejos de aquí.







No estoy triste; estoy cansado. Y no me creas tan interesado. Me siento a gusto a tu lado, Cecilia.



Sin saber por qué quiso esconder el sobre. Y lo ubicó sobre la pila de los otros que debía retirar su secretaria para echar al correo.

Suponía que no eras tú quien ensobraba la correspondencia, Aldemar.

Bueno... debí hacerlo con esta carta. Es para mi padre. Personal.









Los nietos. Los hijos de Aldemar Soares. Ellos, acaso, fueron los que hicieron que la ciudad se le volviese ajena. Y ahora Javier Soares va a recibir a su hijo y a la esposa de su hijo.

Ahí está tu padre, Aldemar.

No hables todavía. Espera a que estemos en casa, Cecilia.















Y Aldemar no dice nada. Calla. Acaso recuerda, pero calla. Hasta que su padre se le acerca días después, con una carta abierta.

Llegó hace poco. Es del colegio de San Salvador, donde estudiaste. Te invitan a la fiesta de fin de curso, como todos los años.

No iré.





Nunca. Iba a integrar un número el último año, pero la lluvia arruinó la fiesta. ¿Nos sentamos?

Sí, pero... alguien te llama, Aldemar.







Egidio Esteban/2019

Entonces alguien lo empuja y se da vuelta para disculparse. Y él la reconoce a través del tiempo y la ausencia.

¡Georgina!

¡Aldemar! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo...?

No contesta las preguntas del asombro. Baja los ojos y mira a dos niños que se aprietan a la falda de Georgina para no perderse. Uno lleva todavía el uniforme de los alumnos primarios que estuvieron en la fiesta. Los dos son rubios, claros, de ojos azules.



No pude con la tradición. La mayor estudia aquí. El otro aún es muy pequeño. ¡Cuántos años sin vernos, Aldemar! ¿Tú tienes hijos?



Dice no, y acerca a Cecilia. Y las presenta. Junta lo que no fue con lo que sí pudo ser. El ayer con el después. Y Cecilia se inclina hacia las cabecitas rubias y besa las mejillas rosadas y calientes por el encierro en el salón repleto.



Entonces Georgina, sin resentimientos, con naturalidad, con esa mansedumbre de su madre mestiza que entendía a la gente que la miraba distinto, dice...



Y Aldemar, y Cecilia, fijan sus ojos en el hombre que abre la portezuela bajo la lluvia y hace un gesto a su mujer para que vaya.



El no escucha la dirección. Sigue mirando al hombre de piel oscura que continuó la tradición de la familia de Georgina. Mirando al niño que fue a buscar el auto con su padre y asoma su carita oscura y su pelo rizado por la ventanilla abierta a pesar de la lluvia.



Parecerse al padre y a la abuela. Y a la madre, porque no le teme al agua que moja su manita regordeta que los saluda sin conocerlos. Sin saber que pudo conocer a Aldemar y compensar la espera de otro abuelo.



Busca el auto Aldemar. Y cuando su mujer sube, la abraza y la besa. Porque ella ama los niños que nunca tendrá, porque ella no tiene la culpa de lo que no fue. De lo que no puede ser. Y se alejan, por las calles de Bahía que cambian su geografía en los días de lluvia.



En alguna parte, suena una música que se cuela en el auto. Un samba de Dorival Caymi que habla de añoranzas, de un amor resignado a la soledad, frente al mar. Y Aldemar piensa en los paragüas de papel y en las manos secas de su padre. Y dice:





SUMARIO

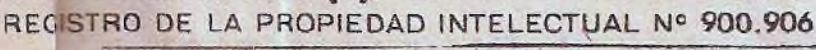
en el PROXIMO NUMERO de intervalo ALBUM







ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS



DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 900.906

Venta Capital: Distribuidora Impulso S. C. - Avda. Cruz 817



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BS. AIRES - T.E. 45-1145

ADHERIDA AL INST. VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta Interior y Exterior: B. Bertran - Independencia 1253

ALMANAQUE CRIOLLO

¡EH BÁRBARO! ¿QUÉ QUIERE HACER? ¡DETÉNGASE!

Consejos brocherianos del Pbro. Julio Triviño.

★

José Gabriel Brochero
el Cura gaucho



La vida es un don de Dios
y se debe rispetar;
naides la puede anular
aunque en la disgracia esté
DEBE SIEMPRE TENER FE
EN QUE DIOS LO VA A AYUDAR

1967 NOVIEMBRE 1967

D	L	M	M	J	V	S
			1	2	3	4
5	6	7	8	9	10	11
12	13	14	15	16	17	18
19	20	21	22	23	24	25
26	27	28	29	30		

1967 DICIEMBRE 1967

D	L	M	M	J	V	S
					1	2
3	4	5	6	7	8	9
10	11	12	13	14	15	16
17	18	19	20	21	22	23
24/31	25	26	27	28	29	30



dando este primer paso DECISIVO

PIDA ESTE LIBRO GRATIS



Su Futuro depende de lo que Ud. SABE. DECIDASE A ESTUDIAR uno de nuestros cursos - Dé el PRIMER PASO, enviando el cupon y recibira GRATIS el Libro "GUIA DE ENSEÑANZA" con los programas de los 50 cursos que enseñamos por correo desde 1923 En su Casa y en sus ratos libres puede Ud. estudiar facilmente el curso de su agrado y y recibir su DIPLOMA. Enseñanza moderna, eficaz y práctica, pagadera en comodas cuotas mensuales - Cursos Comerciales, Femeninos, Dibujos, Mecanicos, Radio y Television, industriales, Inglés, Quimica, etc.







DIBUJO

ADMINISTRADOR DE ESTANCIAS



ENVIE EL CUPON HOY MISMO

SUCURSALES

Suc. Rosario Entre Rios 1459
Rosario S. FE. ARGENTINA
SUCURSAL EN: Uruguay - Chile
Bolivia - Perú - Ecuador - Colombia
Venezuela - Brasil.

OBSEQUIOS

1) Diccionario Castellano - 2) Banderin de Estudiante - 3) Carnet de Estudiante

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORREO
AV. BOYACA 932 - Buenos Aires
Sirvase enviarme GRATIS el libro "GUIA DE ENSEÑANZA"
NOMBRE ....
DOMICILIO ....
LOCALIDAD ....
CURSO QUE LE INTERESA ....
A. INT. 186

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
Av. BOYACA 932 - BUENOS AIRES